

A person is walking away from the viewer through a series of stone archways. The person is silhouetted against a bright, glowing light at the end of the path. The arches are made of dark stone and create a sense of depth and perspective. The overall mood is contemplative and hopeful.

# EL ODIO Y LA MUERTE

Christo Herrera  
Inapanta

T.L,

# **EL ODIO Y LA MUERTE**

**CHRISTO HERRERA INAPANTA**

## INTRODUCCIÓN

«Tu mujer te está metiendo cuernos». Fue el mensaje que recibió Andrés en su celular junto con algunas fotos, evidencias de la supuesta traición.

Ese mismo instante dejó su trabajo. Bajó al estacionamiento y se metió al automóvil. Que se vaya a la mierda el jefe. Salió del estacionamiento y se direccionó hacia su casa. Apretaba con fuerza el volante negro, como si le quisiera exprimir líquido y aplastaba el claxon con violencia. Él nunca fue persona de insultar a los otros conductores; esa fue la excepción.

“Hijo de tu puta madre, múevete”. Gritó, una y otra vez. Las mismas palabras, la misma manía de darle puñetes al volante. Si el semáforo se ponía en rojo, revisaba de nuevo su celular. El primer mensaje fue la advertencia de que hace un par de horas su mujer, María Fernanda Ponce, recibió con caricias y besos a otro hombre en su casa; pero Andrés pensaba que era imposible que su mujer le metiera cuernos.

Hizo el amor con ella en la mañana y que se despidieron como solo los buenos matrimonios se despiden. Luego imaginó a su mujer desnuda, gimiendo, mientras ese otro se montaba sobre ella, sosteniendo sus piernas, abriéndolas, besando sus senos, su nuca. El pecho comenzó a quemarle y la respiración a volverse pesada. «María Fernanda no me engañaría», se dijo esquivando los automóviles que se atravesaban en el camino, pitando y gritando.

Debía verificar si es que era mentira eso que le dijeron, que no fue más que una tonta broma y que el bromista se estaba carcajeando de él, pero, ¿Y las fotos?

Aparcó el automóvil a media cuadra de su casa. Podía tomarla desprevenida si es que en verdad ella estaba con alguien. Bajó del auto y caminó apegado a las paredes de la vereda. Su corazón latía fuerte y comenzó a marearse más. ¿Y si en verdad estaba con otro?, ¿De qué forma iba él a reaccionar?, ¿Qué podría decirles a los amantes? Terriblemente vio a otro hombre desnudo sobre su esposa.

Encontró una motocicleta estacionada frente a la vereda de su casa. Se sintió abúlico y se arrimó a la puerta. ¿Será esa la motocicleta del tipo con el que vieron a mi mujer?. Jadeaba y no se percató que un vecino estaba mirando desde la tienda frente a su casa.

No se saludaron como es su costumbre. Se quedaron mirando el uno al otro, quiso averiguar sus pensamientos. «Este *hijueputa* vio algo», pensó. Su vecino alzó la mano, torció el rictus de su cara en un espantoso intento por sonreír y se alejó.

Andrés tomó las llaves de casa. Abrió la puerta y entró despacio. Cerró la puerta y mantuvo silencio, de hecho, silencio era lo único que había en aquel lugar, un inusual silencio. María Fernanda debía estar en casa. Aguzó el oído, quiso escuchar alguna voz extraña, movimientos en otras habitaciones, mas, todo era un insondable silencio, tan inquietante que Andrés podía escuchar su respiración. Quiso llamar a su mujer, pero, ¿y si alguien más estaba en casa con ella? Tan solo lograría alertar a los infieles.

Caminó muy pausadamente, atisbando cada recodo de la casa, aguzando los oídos para escuchar algún ruido extraño; pero lo único que escuchaba eran los automóviles fuera de su casa. Miró bajo los sillones de la sala a ver si no ocurría el peor de los clichés de las historias de amantes. Caminó hacia su cuarto de estudio. ¡Nadie! La cocina lucía fría y deshabitada. Lamió sus labios resecos. El nombre de su esposa le vibraba en la boca mientras pensaba que él no merecía ser traicionado, que fue buen esposo, buen *camellador*, que ha hecho más de lo que era su obligación como marido. «¿Sería la motocicleta de frente a mi casa la que me dijeron?», se preguntó.

Entró al baño. Vacío como los otros lugares de su casa. Miró la ducha y estaba tan seca como la dejó antes de salir. El único lugar que restaba era su habitación. La puerta estaba cerrada. Se quedó parado ahí. No tocó la perilla redonda durante casi un minuto. Tan solo la miraba y respiraba rápido.

Estaba seguro de no haber hecho ningún ruido desde que llegó; pero tampoco había escuchado nada. «¿Y si estaban dormidos?». Acercó su oreja a la puerta y no pudo escuchar nada, ni siquiera un leve ronquido. Inspiró profundo, giró la chapa de la puerta y la abrió con fuerza esperando sorprender a alguien; sin embargo, fue él, el único a quien había por sorprender.

Había dos amantes en el cuarto, pero el único que reaccionó con un grito mudo fue él. Trastabilló y cayó sobre sus rodillas mirando la cama ensangrentada donde su mujer estaba desnuda junto a un hombre también en pelotas. No obstante, ambos acribillados. El colchón absorbió la sangre y en los rostros de esos cadáveres había tanto miedo como lo había en el rostro de Andrés cuyas manos y mandíbula abierta temblaban.

Miró un revólver cerca de la cama, se levantó y lo tomó pensando que esa fue el arma asesina. Miró los cuerpos desnudos, desfigurados por los balazos. Temblaba y apenas cayó en cuenta de que sí fue engañado, que otro hombre estaba haciendo el amor con su mujer, Dios sabe desde cuándo. Miró los cuerpos desnudos, sintió mareo, ganas de vomitar, ganas de morir también; hubiera deseado vomitar sobre ellos, y también agradeció a quien tomó venganza por él al asesinarlos. Lloraba tanto porque fue engañado como porque su mujer yacía muerta. Luego pensó que debía ya no amar a María Fernanda, o que quizá debía hacerlo con un odio tan férreo que prefería verla así, muerta, antes que viva y besándolo.

Su cuerpo entero era un terremoto. Frunció su ceño, ¿quién los había asesinado? Miró el cuerpo del hombre que se acostaba con su mujer, su boca se desdibujó y enseñó sus dientes como un león furioso y su cabeza le dio vueltas. Mejor hubiera sido él el asesino. Sí, no se iba a ir sin darle su parte de la tunda al *hijueputa* que tuvo sexo en la misma cama donde él dormía.

Alzó el revólver, temblaba. Apuntó a la cabeza del muerto, una cabeza atravesada en su ojo derecho por una bala y otra en la mandíbula. Metió el dedo al gatillo y disparó sin vacilar. El revolver le pateó, casi cae. La bala se desvió y horadó el espaldar del tálamo. Era la primera vez que disparaba a algo. Haló de nuevo el gatillo, pero ahora no pudo disparar. Solo escuchó el chasquido del gatillo. Miró al revolver y vio que no había más balas.

Lanzó la pistola contra el piso y tan rápido como ésta chocó en el suelo escuchó la sirena de patrullas policiales fuera de su casa. Luego, a través de un megáfono escuchó a un oficial diciendo: —Salga de la casa. Es la policía. — Andrés no había cometido crimen alguno y aquel momento se percató de su terrible desliz. Tomar el arma y dispararla sobre los muertos, pero solo fue un disparo. Caminó a la puerta. Esperaba razonar con los policías.

Abrió la puerta de casa con sus manos en alto— No hice nada —dijo—. Cuando llegué alguien mató a mi mujer.

—Péguese a la pared con las manos en alto— dijo un oficial apuntándolo con el arma.

—No, yo no hice nada —respondió Andrés dando vuelta hacia la pared mientras un policía lo auscultaba. Luego le tomó las manos y lo esposó —. Debe creerme—dijo babeando y llorando. Vio a varios policías entrar en la casa.

Uno de ellos salió un minuto después. Tomó su tolete en la mano izquierda y dio un duro golpe en la pierna de Andrés.

—Llévense a este pendejo y llamen a criminalística.

Tefa será mi novia, se dijo. Sostenía un ramo de flores y rosas cuyo peso le comenzaba a entumir de brazos. Lo llevaba con tal delicadeza que se hubiera pensado que al mínimo roce o tropezón se rompería. Con esto voy a enamorarte, se dijo, esquivó a las personas que transitaban el parque La Carolina. También caminaba despacio, quería evitar la transpiración, aunque el sol de mediodía lo estuviera asando por completo.

Llegó a los canales artificiales del parque. Miró los botes a pedal donde había parejas y familias navegando y pensó que le gustaría estar también navegando con Tefa. Eso iba él a hacer cuando ella llegara. Ahí debía estar Tefa, su muy pretérita amiga, una amiga a quien él había amado desde hace muchísimo y a quien se le iba declarando varias veces y de distintas formas. Una amiga a quien debió consolar con palabras bonitas y prestar el hombro cuando lloraba por otros desamores. Una amiga a quien él regaló, cada cinco de cada mes, algún peluche o invitó al cine. Un cinco fue el día que la conoció hace diez años.

Aquella tarde, hartado de recibir negativas, preparó el *bouquet* y compró un costosísimo collar de oro y plata de 700 dólares que cargaba en el bolsillo. Con esto no podría rechazarlo. Y esperó ahí, mirando los botes de paletas sobre los canales del parque; y sin embargo Tefa no llegaba.

A los primeros treinta minutos pensó que las mujeres más hermosas debían llegar más tarde porque deben maquillarse. A la hora pensó que el auto en el que vino sufrió alguna descompostura. A la hora y media pensó que su madre le puso un contrat tiempo. A las dos horas en verdad se impacientó. La llamó y Tefa no contestó el teléfono. A las dos horas y media, dándose por vencido llamó con insistencia al celular de la muchacha. Poco después, al suyo comenzaron a llegar varios mensajes por WhatsApp.

Estuvo por poner el dedo sobre el número desconocido. No abrió los mensajes porque escuchó tras él a Tefa.

—Hola, discúlpame por llegar tarde. Fui con mi mami a hacer los mandados del *super* y no me dejó venir temprano.

David guardó su celular y volteó. Casi no creía que ahí estuviere esa muchacha de piel blanca y ojos miel. Qué bonitos sus pómulos rosas, delicados y esas elegantes pecas que le manchaban el contorno de la nariz. Sonrió la muchacha y miró hacia el suelo mientras se retiraba el cabello del rostro y a David no le importó en absoluto que haya llegado tarde. Total, no era la primera vez que lo hacía esperar.

David le entregó el ramo de rosas, le temblaron los brazos. Tefa lo aceptó y sonrió.

—Quiero que seas mi novia. Antes que respondas, mira lo que compré —dijo. Metió sus manos al bolsillo. Tomó un pequeño paquete y lo abrió y mostró el collar de oro y plata—. Hoy es cinco de enero. Este día, hace quince años, te conocí. Te amo.

Tefa titubeó al tomar el collar; luego sonrió y lo tomó. El collar brillaba con los rayos del sol y ese brillo se reflejó en el rostro de la muchacha. Pero David ya no esperó una respuesta. Se abalanzó sobre ella y la besó y ella aceptó el beso.

Lo abrazó y besó con vehemencia. David lloró de alegría en los brazos de Tefa y luego la llevó a pasear por el parque, le compró dulces, le hizo bromas, le cantó cosas. También le recitó unos poemas cursis y luego la llevó a comer mariscos en el Centro Comercial Quicentro Norte. No escatimó nada. Cada capricho que Tefa quiera, él se lo daría, después de todo, para eso se partía el lomo como bodeguero en un supermercado.

Cuando la tarde llegaba a término, cansados, y él, inmensamente feliz, se despidieron. David llamó un taxi para que la dejaran en la puerta de su casa. El taxi llegó y Tefa se despidió con otro vehemente beso y una sonrisa casi fingida. No importaba si ella no lo estaba amando del todo. Él la enamoraría y la tendría a su lado “para siempre”. Esa fue la frase que le quedó, “para siempre”, mientras veía alejarse el taxi entre el tráfico.

Le quedaban en el bolsillo unos ocho dólares. Se decidió volver a su casa, cerca de Carapungo. Se dirigió hacia la parada del autobús y mientras caminaba su celular comenzó a vibrar. Pensó que era Tefa. Le llegaron varios mensajes a su WhatsApp.

—Deja a la Tefa en paz. Es mi pelada. — Decía escrito en el primer mensaje. David se turbó y siguió leyendo los otros. Los había desde: Ella no te ama. Deja de insistir. Te voy a matar si la sigues jodiendo.

—No sé quién seas —escribió—, pero ella es mi Novia. No te metas, *careverga*.

Se quedó parado en mitad del bulevar. Alzó la mirada. A pocos metros llegaba el bus que debía tomar para irse a casa; sin embargo, no podía moverse. Su pecho le ardía y la respiración se le hizo una labor dolorosa. Miró de nuevo su celular. Le llegaron fotos y esperó que se descargasen. Sus manos comenzaron a temblar. El aire que respiraba ahora casi que se negaba a entrar. Las fotos que se le descargaban eran fotos de Tefa, semi desnuda, chupando verga, teniendo sexo. Su blusa era la azul marino que llevó puesta aquel día. El mismo maquillaje, el mismo color de sombras rosado, el mismo labial. Esas fotos habían sido capturadas el momento en que hace pocas horas él estuvo esperándola en el parque. Resultó que no fue de compras, estuvo tirando.

—Dijo que iba a verte porque eras su mejor amigo. Dijo que sabía que te le ibas a declarar por millonésima vez, que ya estaba harta, que no entendías que no te amaba. Que eres lindo, pero feo e intenso y que nunca te verá como otra cosa que como amigo. Hermano, te doy un consejo, deja de joderla. — Concluyó la otra persona. ¿Cómo no iba a creerle?, ahí estaban las fotos.

Caminó sin rumbo y por mucho tiempo. Llegó hasta el parque el Ejido. En una tienda compró una botella de Norteño y ahora la estaba bebiendo de sorbo en sorbo mientras ese otro sujeto seguía mandándole fotos de Tefa y lo que hicieron aquella mañana y lo que estaban haciendo ese momento.

Cuando anocheció, David estaba sentado en una banca del parque sin que nadie se hubiere comedido decirle que se fuera, que ese lugar era peligroso, mas, ninguno de los vagabundos o asesinos que rondaban el parque se atrevió siquiera acercársele a pedir su celular, dinero o zapatos.

Llegó la madrugada. Los gorriones y mirlos trinaban. David seguía sentado en la banca del parque. El sereno hizo que sus ropas se vuelvan gélidas y húmedas. De pronto, David cayó muerto sobre la yerba del parque. De su boca salía espuma roja.

Un guardia se percató del bulto cuando los primeros rayos de sol hacían claridad en Quito. Se acercó y confirmó su muerte. En su mano tenía una botella de licor barato y en la otra mano veneno para ratas y una carta escrita para Tefa.

La mañana del seis de agosto se encontró a un hombre de 34 años colgado de un poste de luz frente a una iglesia del centro histórico de Quito. De su cuello también colgaba una carta metida en un sobre donde explicaba el suicidio, acompañado de un pequeño y cursi poema.

*Seré fugaz al salto,  
Hilo roto bajo tus tijeras,  
Cayendo a lentitud,  
Muriendo en tu vereda.*

Este hombre, de piel mulata escribió en su carta que la mujer a quien amó, con quien tuvo dos hijos, disque porque los hijos son una bendición, había encontrado vacía su casa después de un largo día camellando en la furgoneta.

Sofía lo había abandonado.

Se llevó desde los muebles hasta los víveres y dejó, en cambio, una nota de despedida: “No te amo. Hay alguien más de quien estoy enamorada. Lo siento. Me voy con mis dos hijos. Espero que Dios sepa guiar tu camino”. Con tal cinismo le había dejado aquella mujer la carta esa; y éste hombre, de quien no se sabe cómo reaccionó, lo único que hizo, según cuenta en su carta, fue escribir lo siguiente:

*“No pregunten cuáles son los motivos de mi decisión. Si alguna vez quien estece leyendo mi carta se ha enamorado, sabrá el porqué hago esto.”*

No se entiende bien lo que quiso decir el suicida sobre semejante acto. ¿Morir de amor no era un tema trillado?, lo cierto es que nadie muere de amor, sin embargo, al parecer sí se puede suicidar por ese motivo, pensó el policía de criminalística que leyó la carta.

*He bebido lo suficiente para infundirme de valor y no daré pie atrás en esto que voy a hacer. ¿Por qué he escogido este lugar, frente a la iglesia? Si mi diosito me ha abandonado, al morir quiero golpear la puerta de su casa y mostrarle que estoy aquí, pidiendo un poco de compasión por mi alma y espero que entienda que la vida ya no tiene sentido.*

Ahí terminó la carta del suicida. Rogamos a Dios, si es que existe y si es que en verdad habita en ese recinto católico, que se apiade de su alma. Los peritos de la policía nacional, los bomberos y la cruz roja estuvieron en aquel lugar tratando de bajar el cuerpo del suicida.

—Estoy seguro que esto tampoco es una coincidencia. Con éste, son trece los suicidas — dijo el jefe a cargo de los peritos.

—¿Sigues fantaseando? Hay gente que se suicida por cosas más estúpidas.

—Por eso —respondió mirando al difunto ser metido en un automóvil de la morgue—. De todas las causas que existen para el suicidio. ¿Por qué escoger el suicidio por amor?

—En todo caso, aún tienes un sobreviviente.

—¿El que asesinó a su mujer y su amante? Quizá tengas razón, quizá ese tipo me sea útil. Eso lo tengo por seguro, a él también lo tendieron una trampa, aquí tenemos un asesino en serie, bastante extraño.

Andrés fue mal tratado en prisión, palazos, baldazos de agua helada, dormir sin abrigo y vivir amenazado de muerte si no compartía su comida con el caporal, preso que gobernaba aquella cárcel. No obstante, nada de eso se comparaba con la rabia de saber que María Fernanda lo había engañado y que luego fue asesinada, quizá ya no importa la felonía, quizá, era peor saberla muerta. Esa era la rabia, la tristeza.

El primer sospechoso fue él. Y fue su culpa. Un imbécil. Y era más o menos cierto. De no haber disparado la única bala, él estuviera dirigiendo el velorio de su mujer y no, en cambio, entre aquellos presos mal encarados, estornudando, pensando en una gripe que podría matarlo.

—Oe loco. No me saldrás con tus huevadas. Nadie quiere enfermarse. Ándate a morir lejos —le dijo uno de los presos. Justamente quien lo estaba acosando y quitándole la comida. Andrés lo miró de mala gana mientras se pasaba la mano por la nariz para limpiarse los mocos —. No me estés viendo mal que ya mismo te saco la pucta — Continuó. Se levantó de donde estaba sentado, jugando cartas con otros presos.

Andrés no se cansaba de mirar esa cicatriz que le cruzaba desde el mentón hasta la boca. Sus ropas sucias le quedaban muy holgadas y pese a ello no había quien le pudiera hacer frente en los golpes salvo el Huevo Kinder.

—Oye, chucha, cálmate con el man sino aquí mismo te voy haciendo escupir sangre —dijo el Huevo Kinder. Estaba sentado junto a Andrés. Se puso de pie. El caporal se detuvo.

Antes que el caporal continuara, se escucharon varias puertas y el eco de varias botas de policía. Cinco de ellos se detuvieron junto a la celda. Miraron de mala gana al caporal quien se desentendió y volvió a sentarse, el Huevo Kinder también se sentó al lado de Andrés.

—Luis Andrés Machado —dijo uno de los policías.

Andrés se levantó con abulia y dijo —Dígame.

—Estás libre. El juez pidió tu libertad.

—Oiga. ¿Por qué le hacen salir rápido a él y a otros nos tienen aquí desde hace semanas esperando? Algunos también somos inocentes — dijo uno de los reos.

—¡Se callan! Vayan a hablar con sus abogados.

Andrés salió de la celda con mucho recelo. Kinder Huevo se paró y le dio un apretón de manos.

—Yo te creo negro. Te dije que te iban a sacar de aquí. Mi flaco escucha a los buenos.

—Gracias a ti por todo —dijo Andrés. Le hubiera gustado sonreír; pero no podía, a penas se le formó una mueca.

Tan pronto pisó el suelo fuera de la celda se sintió aliviado. Volteó a ver entre los barrotes al caporal. Metió sus manos a los bolsillos y de ahí sacó un pedazo de pan duro que había guardado desde la mañana para comerlo y lo lanzó como se lanza la comida a los perros. El caporal miro ese mendrugo, levantó la vista de mala gana a Andrés. Se agachó, tomó el pan y lo mordió sin dejar de mirarlo. Luego sonrió y alzó la mano despidiéndose de él.

Tras varias horas de papeleos, firmas y trámites en las que Andrés no entendía bien a qué se debió el fallo del juez a su favor. Supuso algún desliz del sistema judicial de mierda del país. No se atrevió a preguntar la razón; pero le dijeron que era inocente. Al terminar sus trámites. Se sentó en una silla de plástico en una sala de espera llena de gente. Su cuerpo le dolía y se sentía agotado. Moqueaba y esperaba a que le den la boleta de libertad.

Un señor se sentó junto a él. Olía a cigarro. Lo miró y dijo. —¿A dónde piensa ir ahora que está libre?

Andrés lo miró de mala gana. No respondió. Deseaba salir pronto. Ir donde un familiar, reunirse con ellos. Saber cómo tuvo lugar el velorio y entierro de su mujer y sentirse un poco consolado por sus allegados. Aunque no se haya mencionado hasta ahora a la familia de Andrés, lo cierto es que él era hijo único y que su papá lo estuvo yendo a ver el mes que estuvo preso. Quería también tranquilizar al viejo.

—No sea mal educado y responda a la pregunta que le he hecho.

¿Qué mierdas quiere este sujeto?, se preguntó Andrés. —No moleste. — Alcanzó a decir antes de estornudar.

—Usted está libre porque necesito su ayuda. Demostré que usted no tuvo ninguna culpabilidad con el crimen. La familia del hombre que estuvo asesinado junto a su mujer pedía que se lo condenase de por vida. Al contrario, logré que levantasen la denuncia porque usted no mató a nadie.

—¿Quién es usted?

—Soy detective y agente de policía. Estoy buscando al asesino que mató a su mujer y al otro hombre.

Andrés lo escrutó y puso su mirada en otro lado.

—No voy a ayudarlo con nada.

—La bala que estuvo en el revolver que usted disparó, no era para que usted tome venganza de nada. Era para que usted se suicidara al descubrir que su mujer le fue infiel. Pero le voy a decir esto. Su mujer no lo engañó nunca.

—¿Qué dice?

—La situación es esta. Luego me dirá si me ayuda o no. El señor que estuvo muerto con su mujer era un vendedor de celulares que visitaba casas para lograr sus comisiones. Así era su forma de trabajar. Promocionaba los celulares, y al de él llegaban los mensajes de los clientes que se decidían a comprar uno.

Un día le llegó un mensaje que decía: “Estoy buscando un celular que pueda sumergirse en agua y que tenga buena resolución. Usted me habló de ese. ¿Podría venir a casa? Se lo voy a comprar. Mi dirección es la siguiente...”

Usted conoce la dirección de su propia casa. No tengo que decirle cuál es; el caso es que este hombre, que se llama, o bueno, se llamaba Augusto Bernal fue a esa casa. Andrés, su mujer abrió la puerta y aquel hombre entró y nadie lo vio salir. Luego de quince minutos aproximadamente usted entró a esa casa y se escuchó el disparo. Pero, en tanto eso. A la policía le había sido informado que se escucharon disparos en su dirección de domicilio. El tiempo desde el asesinato de su mujer, ese hombre, el que usted llegara a su casa y el que llegó la policía, no sobrepasó los treinta minutos.

Andrés sonrió con ironía.

—Parece muy fantasioso. Debo suponer entonces que mi mujer fue asesinada sin motivo alguno.

—Supone bien.

—¿Tiene usted mi número de teléfono?

—Sí.

—Deme el suyo —dijo Andrés. El oficial le entregó una tarjeta luego de rebuscarse en los

bolsillos—, espere mi llamada. Usted me pidió ayuda. Yo lo ayudaré. Pero no hoy. Hoy debo visitar la tumba de mi mujer.

Andrés salió la prisión. Aquello que le contó el detective lo tuvo cavilando sobre todo cuanto había ocurrido. Quizá el detective ignore que a su celular también llegó un mensaje donde se decía que su mujer lo estaba engañando.

Fuera de todo, Andrés descubrió que no era cierto el engaño de su mujer, al menos eso quiso pensar para no destrozarse el cerebro mientras estaba encerrado. Pensó el que alguien la había matado sin motivo. La rabia que hasta aquel momento sentía, esa rabia que le ayudó a dejar de lado la tristeza se esfumó, ahora solamente le quedaba tristeza. Ahora que lo pensaba bien, su María Fernanda estaba muerta. Bien muerta y enterrada y él, solo, en las calles, yendo a ningún lugar.

Divagó por las aceras de un lugar que no conocía. Las casas, las aceras de cemento y grietas le eran indiferente. Ese momento, en realidad, no quería ir a su casa a cambiarse de ropas. Pero deseaba llamar a su padre y decirle que estaba libre. Se miró sus ropas. Parecía un pordiosero y le hubiera gustado comprar una botella de licor en alguna tienda. Metió sus manos a los bolsillos. Palpó el billete que le obsequió el detective. Fue a una tienda y compró *Norteño*, licor barato. Lo bebió. Había sol de mediodía. Ese sol que odiamos los quiteños pero que a Andrés lo beneficiaba, así exudaba el frío que la cárcel había metido en sus huesos y aún lo hacía soltar mocos aguados.

Caminó lento, pensaba en María Fernanda. Ahora la imagen de ella, muerta sobre el colchón le era insoportable, macabra, ya no era repugnante. “¿Mafer no me engañó?”, se preguntó, lloró. En su cuerpo le dolía la tristeza. Ahora soltaba lágrimas, moco y baba pensando en ella, bebiendo *Norteño*.

Se sintió estúpido porque hubiera soltado cien balazos sobre su mujer y el otro hombre de haber tenido cargada el arma. Sin embargo, alguien los había matado. Andrés se cogió la cabeza, se haló los cabellos. ¡Qué estúpido! Alguien los había matado, alguien dejó una pistola con una bala para que él se suicide y también se muera. —Te voy a matar, *hijueputa*—, murmuró bebiendo licor, llorando, golpeándose la cabeza con el puño. ¿Cómo pude pensar que Mafer me era infiel?, —Te hallaré, *hijueputa*, te cortaré los huevos y te los haré tragar—, murmuró, las palabras casi le salían trabadas, como en un pequeño silbido.

Trastabilló en una grieta de la vereda y cayó. Una anciana que caminaba por ahí lo regañó. Andrés apenas alcanzó a entender sus insultos. Quizá lo pensó otro vagabundo más de aquel sitio. Andrés se quedó llorando en el suelo, con la mano puesta en la cara. Alzó luego la vista. Ese cielo claro con nubes esparcidas. Luego observó una sombra frente a él. Era un policía metropolitano.

—A ver, señor. Levántese —dijo con el tolete en su mano. Andrés se levantó y siguió su camino. Ya era tiempo de ver a su padre, decirle que no se preocupe más.

Hasta ese momento no había comunicado a nadie de su libertad. Prefirió ir solo a su casa. Pero entró a ella tímido. Creyó que de volver a su cuarto encontraría de nuevo a su mujer muerta. Abrió la puerta con lentitud. Odió el silencio de esa casa porque le recordó el silencio que escuchó aquel día que la vio muerta. En su cuarto estaban la cama sin colchón y la sangre limpia. Quizá sus familiares hayan limpiado o más bien botaron todo lo que estaba con sangre a la basura luego del peritaje.

Estaba triste. Se bañó rápido, se cambió y salió de su casa. Aquel era el sitio donde menos deseaba estar. Tuvo la férrea convicción de rentar un departamento donde no pudiese revivir aquella imagen. ¿Quién fue el asesino?, es, sin embargo, la pregunta que se hacía siempre.

Su automóvil no estaba en casa por lo que debió ir en bus a la casa de su padre. Viajó más tranquilo, recordó que no le devolvieron su celular. Ahí estaba el número telefónico de quien le envió el mensaje antes de que asesinen a su mujer. Quizá aquel número les ayudase al detective y a él a encontrar al asesino.

Llegó a casa de su padre en el barrio El Calzado. Tocó la puerta. La abrió su padre, y éste, de verlo ahí, limpio y libre, lo abrazó con alegría. Entraron a casa. Había un delicioso aroma del café que el anciano suele tomar.

—¿Por qué no dijiste que te dejaron salir?

Andrés no dijo nada. Aunque también estaba feliz, no lograba completar aquella felicidad porque siempre que visitaba al anciano, iba de su mano María Fernanda. Entró a la sala de estar. El radiograbador, uno viejo, esos que son de madera y plástico y con tocadiscos reproducía la música de Piero, autor favorito del señor.

—¿Quieres café?

Andrés asintió. Se sentó sobre el sillón, mirando la pared de frente. Una pared recubierta por un enorme librero que la copaba toda y donde los libros se amontonaban uno sobre otro.

—Sí, gracias.

Andrés y su padre guardaron silencio mientras degustaban el café. Sentados en la sala, escuchando *Si vos te vas*. Era como si nada hubiese pasado, como si Andrés no hubiese estado en la cárcel. Usualmente, padre e hijo solían conversar mucho, pero aquel día Andrés no se atrevía a decir nada. El silencio era necesario y su padre lo respetó porque su hijo había sufrido, mucho, mucho. ¡Qué pesar!, su mujer muerta con el amante. Pensaba el anciano, pero él no sabía hasta aquel momento que no fueron así las cosas. Andrés aún no le había contado el porqué lo dejaron libre. Eran inocentes: Él y su mujer.

—¿Puedes alojarme un tiempo mientras hallo otro departamento?

—Sí. Eres bienvenido.

—También quiero que me acompañes a donde enterraron a mi mujer.

El anciano vaciló y dijo — Nosotros no fuimos al velorio. Lo cierto es que la familia de María Fernanda te quiere muerto.

—Me dejaron libre porque descubrieron que no fui yo el asesino —dijo. Dejó la taza vacía a un lado y se puso en pie.

—¿A dónde vas?

—A ver a los padres de Mafer. Debo decirles que alguien la mató y que alguien quiso que me mate. Ven, quiero que me acompañes para contarles todo lo que un detective me dijo.

Al presentarse en casa de los padres de María Fernanda, no hubo ni un solo momento de discusión ni polémica. Habían sido visitados por el detective. Les informó que Andrés no fue culpable del asesinato de su hija, sino, más bien una víctima más. Él y su padre estuvieron tranquilos y conversaron lo que concernió al velorio. Conversaron de las diferencias entre ambas familias el día de velación. De las discusiones. De que los familiares de Andrés, excepto su padre, culparon a María Fernanda de puta, mientras los de ella, acusaron a Andrés de asesino. Los padres de María Fernanda pidieron disculpas y Andrés también se disculpó.

El automóvil de Andrés se quedó en el garaje de aquella casa. El padre de María Fernanda le devolvió las llaves y él con su padre y sus suegros salieron hacia el cementerio San Blas.

Andrés compró muchas flores aunque sabía quera inútil hacerlo porque después de todo María Fernanda estaba muerta y él no creía en Dios, lo cual hacía más dolorosa su pérdida. No había cielo donde reencontrarse con su mujer. El sepulcro estaba lejos y eso le dio tiempo a meditar mientras caminaba sobre los senderos del cementerio. Miraba una a una las diferentes tumbas y los zapatos de sus suegros quienes los guiaban a él y a su padre en silencio. Nadie deseaba decir nada.

Al llegar, Andrés leyó el epitafio: “Porque fuiste una mujer excelente, luchadora y guerrera, Dios te guardará en su cielo para siempre. Espéranos allá”. Qué vacías le sonaron aquellas palabras. Inútiles. Ojalá yo creyera en Dios, se dijo y comenzó a llorar. Por primera vez sintió aquella muerte como lo era. Fatal. La mujer que conoció en la universidad y con quien compartió más de quince años de matrimonio ahora estaba muerta.

Dejó las flores junto al nicho. Los padres de María Fernanda también lloraron. La noche comenzaba a caer y hacía frío. Salieron del cementerio. Andrés les invitó una comida por ahí cerca, en un restaurante barato. Conversaron poco mientras comían. Justamente del supuesto asesino. De quien le tendió a él la trampa y de que estaba dispuesto a ayudar al detective en todo cuanto pudiera para atrapar al culpable.

En la televisión se transmitían las noticias, se decía que un hombre se había suicidado, arrojándose desde el puente del río Machángara. Su cuerpo fue hallado, ahogado, metros más abajo. Según dicen los familiares de aquel hombre, descubrieron que la mujer estaba teniendo una aventura con su mejor amigo, aunque su mejor amigo, según la periodista, estaba viviendo en Loja.

Andrés compró otro celular y recuperó su número telefónico. Lamentablemente, el que le retuvieron en la fiscalía se había perdido. Aquel día él estaba en una cafetería cerca del norte de Quito esperando al detective. Habían pactado una cita a las once de la mañana. Fumaba un cigarro en el área de fumadores, viendo de lejos un programa de televisión donde unas cuantas niñas bailaban lo que parecía reguetón, bostezó y dejó de mirar la televisión. pasó su mirada hacia la entrada del edificio. Vio entrar al detective y esta vez le pareció más pequeño que la última vez-

—Hola, ¿cómo le va, Andrés? — Preguntó el detective, apenas se sentó. Un mesero llegaba a pedirle su orden. — Ha tardado en llamar.

—Por supuesto —contestó Andrés, indiferente—. Los policías se robaron mi celular.

—Aquí lo tengo —dijo. Sacó del bolsillo el anterior celular de Andrés, envuelto en una funda, aunque no permitió que lo tomase—. Son evidencias. No puedo dárselo. Lo traje hoy porque aquí consta el mensaje que nuestro asesino le envió el día que mataron a su mujer y al vendedor. Solo quiero que lo confirme.

Andrés leyó los mensajes. No hizo falta siquiera llegar a la última línea. Sabía que aquellos fueron los mensajes que le envió el asesino. Le volvieron las imágenes de su mujer muerta y devolvió el celular.

—Dígame, detective ¿Cómo puedo ayudarlo?

—¿Tuvo alguna vez problemas conyugales con su mujer?

—Tuvimos nuestros problemas como todas las parejas, pero ninguno muy grave. Además, estoy seguro que mi mujer me era fiel y me amaba, de la misma forma que yo lo hacía.

—No tengo duda sobre eso—dijo el detective—. Mire. No es que quiera ser aguafiestas y sé que usted quiere agarrar al que le hizo eso a su mujer. Pero hoy tan solo deseaba confirmar si estos eran los mensajes que le enviaron aquel día. Lo tendré informado de todo en cuanto tenga más noticias —dijo. El camarero llegó a la mesa, sin embargo, el detective ya se puso en pie—. Gracias. No pediré nada.

—Oiga detective, ¿sospecha de alguien?

—Solo sé que alguien está haciendo que algunas personas se suiciden por cuestiones amorosas.

Andrés lanzó una sonrisa irónica y luego asintió dando por finalizada la charla. El detective salió de aquella cafetería y se perdió lejos. Nuestro personaje miró al camarero. Antes de retirarse, pidió un expreso doble y encendió otro cigarro.

Sacó de debajo de la mesa un periódico de crónica roja donde se aseguraba que un señor asesinó con dos disparos a su mujer y al supuesto amante y que luego se suicidó él mismo. Imaginó la existencia de alguien que pudiera hacer que los hombres se suiciden por amor y la idea le pareció tan ridícula que, de no haber vivido lo que él vivió, casi la desecharía.

Tomó un esfero de su chaqueta, en el borde de aquel periódico anotó el número de teléfono de la persona que le envió el mensaje. Si de algo podía presumir Andrés era de su retentiva e inteligencia. En el colegio había ganado algunos premios por memorizar varios números de teléfono de una guía en poco tiempo.

Terminó su expreso, dejó propina de veinticinco centavos en la mesa y salió buscando algún lugar donde haya cabinas telefónicas. Encontró un viejo local de internet y cabinas que era atendido por una muchacha bastante obesa. Entró en la cabina que máximo mediría un metro de diámetro. Cerró

la puerta de cristal. Del lado opuesto a la puerta estaba el teléfono y una ventana que daba hacia la calle. Mientras marcaba el número de teléfono, miró en la carretera a los automóviles y a varias personas en la acera. Marcó el número de celular tres veces.

Con la bocina del teléfono pegada a su mejilla no dejaba de mirar la acera y la carretera. He ahí que una persona se detuvo, contestó una llamada a su celular. —Ojalá fueras tú, hijo de puta— murmuró y finalmente le contestaron

—Andrés ¿Por qué no fuiste un buen amante y te suicidaste aquel día? — dijo la persona que contestó la llamada. Su voz era delicada y fina. No supo reconocer si era una mujer o un niño.

—¿Quién eres? ¿Por qué mataste a María Fernanda?

—¿Así se llamaba? Ja, ja, ja. Ya veré la forma de que mueras. Adiós. — Dijo y colgó la llamada.

—Aló, aló, ¡aló! ¡Carajo! — dijo Andrés. Mirando la calle. El hombre que contestó el celular en la calle ya se había ido. —Ojalá fueras tú, hijo de puta—murmuró.

Andrés fue al que era su trabajo para hablar con su jefe y pedirle que le devolviera el oficio. Trabajaba como editor de estilo de una revista de cultura nacional.

Al llegar a la puerta principal, en la planta baja del edificio de dos pisos Don Ángel, el guardia lo detuvo en la entrada.

—Lo siento, no puedo dejarte pasar —dijo el guardia.

Andrés sonrió. Pensó que era una de sus bromas de mal gusto; no obstante, miró al guardia, serio, con el ceño arrugado. El señor cuyas arrugas se comenzaban a perfilar en las patas de gallo esquivó la mirada de Andrés.

Andrés no supo responder. Se quedó mirando al señor y el señor miraba hacia otro lado del suelo.

—No me demoraré nada —dijo Andrés. Ingresó al edificio, esta vez el guardia no dijo nada. Se quedó mirando el suelo en la entrada del edificio.

Subió al segundo piso. La oficina se dividía en algunos departamentos, separados apenas por pequeños escritorios. Su jefe, hombre menudo, barrigón y casi calvo, lo miró desde el fondo. Su escritorio, a diferencia de los otros del salón tenía unas divisiones de cristal y una mesa mucho más grande. Una taza de café blanca estaba en su escritorio, como siempre.

—Ya veo— murmuró Andrés. La oficina entera se quedó en silencio cuando lo vieron pararse en el umbral de la entrada. Ni siquiera se molestó en saludar a nadie, sino que camino derecho hacia el jefe.

—¿Qué haces aquí, Andrés?

—¿Cómo le va, jefe? Quisiera recuperar mi puesto.

Andrés miró su anterior escritorio. Ahí estaba una joven. Calculó su edad en unos veintidós.

—¡Váyase! Usted no tiene nada que hacer aquí. Sabe bien que el contrato indica que su record policial debe estar libre de cualquier... —vaciló en continuar.

—No maté a mi mujer. Por eso estoy libre. Mi inocencia fue demostrada.

El jefe lo miró incrédulo. Hizo un mohín con la boca. Miró a la joven que ocupaba el puesto anterior de Andrés y dijo.

—Lo siento. Váyase. Le pasaremos un cheque de su liquidación en quince días.

—¡Soy inocente! —gritó Andrés, golpeó con su puño el escritorio de su jefe. El golpe se escuchó en toda la oficina como un eco. Aún nadie en la oficina se movía ni decía nada.

—Váyase.

—¡Usted váyase a la verga!

Andrés dio media vuelta. Miró a sus ex compañeros, pero no dijo nada. Suspiró y salió con lentitud de aquella oficina y mientras caminaba pensó en cada cara que lo miraba como una sarta de hipócritas; eso sí, los viernes, entre bares y copas sí eran sus *panasas*; ahora no, ahora era un vulgar asesino.

Salió del edificio con rabia y se quedó parado en mitad de la acera. Don Ángel estaba fumando un cigarrillo muy cerca de él.

—Disculpame —dijo el señor—. No creo que hayas hecho nada malo.

Andrés lo miró unos instantes. Sonrió a medias y se caminó por la acera en dirección opuesta. La

gente iba y venía y él pensaba en el idiota que asesinó a su mujer. Tomó de su chaqueta un cigarrillo, lo fumó, acabó y caminó hasta una tienda. Compró una botella de ron. La abrió al salir de la tienda y la bebió sorbo a sorbo. Llegó a la casa de su papá con un par de botellas más, borracho. Se encerró en su habitación y comenzó a beber, a escuchar a Pink Floyd.

Despertó al siguiente día. Su boca estaba seca y tenía sed. Estaba lloviendo. Fue al baño, orinó, se desvistió, se miró al espejo. Estaba mucho más flaco de lo que nunca antes había estado. Rio para sí y recordó a María Fernanda. La extrañaba mucho y pensaba que debía buscar al asesino.

Se dio una ducha de una hora. La lluvia seguía cayendo. Eran las siete de la mañana y su padre ya estaba despierto leyendo el periódico en su sala de estar.

—Te acaban de llamar al celular— dijo su padre.

—¿Contestaste?

—Sí.

—¿Quién era?

—De tu anterior trabajo. Dicen que los llames.

Andrés torció el rictus de su boca con asco. Prefirió desayunar algo antes de hacer aquella llamada. Prefirió luego sentarse a ver una película en internet, antes de llamar a su oficina. Prefirió salir a comprar más licor en la tienda, antes de llamarle al hijo de puta de su ex jefe. De seguro era para decirle que su cheque de liquidación estaba listo. Se lo puede meter por el culo. Pensó cuando estaba de nuevo encerrado en su habitación, ya con la botella de trago abierta y tomada un cuarto.

El celular vibró y sonó. Llamó su atención. Era su ex jefe.

—¿Qué quiere? —preguntó Andrés, tan pronto contestó.

—Mire, Andrés. Hablé ayer con la policía y me aclararon que usted era inocente. Solo que están llevando el caso con hermetismo.

—Sí, ¿y?

—Bueno, que llamaba para decirle que, si desea, su puesto está a disposición.

Andrés quedó callado unos segundos.

—Entiendo. Mañana iré a trabajar.

—¿No puede hacerlo ahora?

—No. Estoy cumpliendo unos trámites.

—Bueno. Lo espero mañana.

—Hasta mañana.

Andrés colgó el celular. Sonrió con ironía. Tomó la botella de trago, bebió otro sorbo y puso el celular en el velador, luego alzó el volumen a su música: Los Iracundos, y siguió bebiendo.

—Puerto Mont —murmuró.

El día de su matrimonio, Andrés pensó que sería uno de esos que ya casi no existen, uno para toda la vida. Aún recuerda ciertas imágenes de María Fernanda plasmadas como fotogramas en su memoria: La luz del atardecer a espaldas de su cabello largo y el viento de verano removiéndolos cuando visitaban los parques. Una risa honesta de bromas que él solía hacerla. Su cuerpo, siempre esbelto, vistiendo sus camisas. Sus piernas cruzadas sosteniendo un libro de poesía. Sus manos con dedos largos sosteniendo una manzana verde, pelándola con un pequeño cuchillo, sus labios masticando la piel de la fruta que ella misma mondaba. Esas mismas manos acariciando sus mejillas. Esas mismas manos azotándose al aire cuando reclamaba algo. Esas mismas manos recogiendo su cabello, haciendo un chongo en su cabeza y cruzándole un lápiz amarillo. Un dedo índice en los labios de cuando él no debía decir nada en medio de una película.

Un cuerpo acribillado en su cama junto a un desconocido.

Andrés lloró. ¿Cómo pudo creer que María Fernanda lo hubiese engañado?

Andrés entró a la oficina. Miró con suspicacia a sus compañeros. Estos no se acercaron, ni él hizo el intento de decirles algo, comentar algo, o siquiera, saber lo que había pasado en la empresa tras su larga ausencia.

Los volvió a mirar como una gran bola de hipócritas. Se sentó en su escritorio. Era el mismo escritorio pero con un desorden diferente del suyo. Encendió su vieja computadora. Abrió cajones y rebuscó en el archivero negro de metal. Se dedicó a lo suyo. Leer artículos, cuentos, crónicas o reseñas, editarlas, aceptarlas o vetarlas.

—Hijos de puta— murmuró mientras miró a sus compañeros reírse de algo. Le hubiera gustado salir de esa oficina, buscar otro empleo o buscar al asesino de María Fernanda. Pero no tenía ahorros, necesitaba ese trabajo y en ningún lado le pagarían lo que ahí le pagaban; pese a toda su experiencia y pese a lo mejor que hiciera su trabajo.

La única persona que Andrés desconocía era la chica que el día anterior estaba sentada en su escritorio. Se llamaba Janara Cobos. La muchacha estaba sentada en el escritorio de alado. Rebuscaba unas hojas en un cajón. Janara era alta, delgada, de piel más bien castaña, Andrés pensó que era muy guapa y de cierto modo le agradó el que la hayan convertido en su asistente.

La oficina tenía un comedor en el tercer piso. Las mesas eran de plástico. En una de ellas estaba sentado Andrés en la hora del almuerzo, apartado de todos sus ex compañeros. Cuando Janara subió al comedor, sentó frente a él. Andrés la miró con cierto desagrado y siguió comiendo sin decir nada.

—Quiero decirte que siento lo que le sucedió a tu esposa.

—Gracias

—Mira. Me gustaría que nos llevásemos bien ya que trabajaremos juntos todos los días.

—¿Algo más?

—¡Grosero!

Andrés comió y no respondió la protesta que Janara le hizo. Por la tarde se había puesto al corriente de todo lo que debía saber sobre su trabajo y pensó que Janara era una muy buena asistente en el puesto que él desempeñaba, de hecho, le extrañaba mucho que su jefe le haya llamado. Con el tiempo, la joven hubiera hecho el mismo trabajo que él con todo profesionalismo, después de todo, ya estaba cursando los últimos semestres de comunicación social en la Universidad Central del Ecuador.

A eso de las tres de la tarde Andrés se quedó mirando el monitor del escritorio. Varios minutos sin decir nada. Miraba el botón de encender. Miró ese minúsculo objeto redondo y recordó toda la escena de la muerte de María Fernanda. Tras varios minutos reaccionó. Muchos de sus compañeros de oficina se le quedaron mirando desde lejos. A su lado, Janara continuaba su trabajo sin inmutarse.

—¿Qué me miran, hipócritas hijos de su puta madre? —gritó Andrés a sus excompañeros. Miró de nuevo a Janara. Luego miró el monitor de la muchacha. Estaba realizando el trabajo que a él le correspondía realizar.

Se le hizo un nudo en la garganta. Salió de la oficina. Bajó al primer piso. Buscó la cajetilla de tabacos entre sus bolsillos, los había dejado en su escritorio. —Mierda— gritó. Don Ángel se le acercó.

—¿Está todo bien?

—Don Ángel, regáleme por favor un tabaco.

El señor asintió y le dio uno. Andrés lo encendió. Sus manos temblaban y respiraba forzosamente —¡Hijos de puta! — gritó mirando hacia el segundo piso del edificio. Don Ángel no dijo nada. Andrés tenía sus ojos cargados de lágrimas y pese a que deseó retenerlas. Se le resbalaron. Una de ellas mojó el papel blanco del tabaco.

Al salir del trabajo. No le costó nada caminar a los bares cercanos. Se metió en uno donde venden la cerveza en combos y donde se escuchaba rock ochentero. Pidió un combo. Luego, un hombre se sentó a su mesa.

—¿Por qué ha llamado al número del asesino? — preguntó aquel hombre. Era el detective.

Andrés lo miró sorprendido. —¿Me estará siguiendo el muy marica? — se preguntó. Levantó su vaso de cerveza y lo bebió. Luego, el camarero le llevó otro vaso y Andrés sirvió más cerveza en ambos.

—Me ha pedido que espere, que usted va a solucionar el caso. El problema es que yo también quiero atrapar al hijueputa que mató a mi mujer y me hizo ir preso.

El detective tomó el vaso y lo bebió de un bocado — Pues usted es un imbécil. Gracias a la huevada que hizo ya no podremos localizar al asesino.

—No me haga reír —dijo Andrés. Prefirió no mirar al detective. Su mirada se posó en la mesa vacía de frente—. Dudo mucho que un asesino se mantuviera con un mismo número. Y si así fuere, ¿A qué ha venido? ¿A quejarse? No me joda, detective. Déjeme en paz.

El detective se sirvió otro vaso de cerveza y lo bebió.

—Lo estaré visitando continuamente, Andrés. No haga estupideces.

—A su salud — dijo Andrés sin mirar al detective. Bebió más cerveza. El detective se levantó y se marchó.

Andrés pensó que vivir con su padre no estaba del todo bien, que estaba llegando a los 34 y que deseaba estar solo y tratar de comenzar desde cero. El fin de semana había devuelto la casa que arrendaba con María Fernanda. Y ahora estaba llevándose todo lo que tenía a su nuevo departamento, cerca del antiguo aeropuerto Mariscal Sucre.

Tardó medio día en llevar todas sus pertenencias al nuevo departamento con ayuda de su padre y los señores de carga. A las nueve de la noche tenía todo y estaba solo. El departamento era pequeño, un cuarto con baño, una sala de estar grande, un comedor pequeño y una cocina, también pequeña. Se sentó sobre uno de los cajones y meditó el tiempo que le iba a tomar desempacar y buscar un puesto para cada objeto que tenía.

Se preparó un emparedado con queso fresco, instaló su cafetera y filtró café. Al poco rato ya estaba bebiéndolo y rebuscó entre todos sus libros algo interesante que leer, o releer. Pensó que lo primero que debía hacer era buscar un lugar donde pudiera leer con comodidad y donde pudiera corregir ciertos manuscritos que llegaban a la editorial y se había llevado a casa. De momento todo se lo había encargado a Janara. Encontró una pequeña revista literaria de hace un año donde se entrevistó a un joven poeta de unos 21 años que ganó el concurso bienal de poesía en Pichincha.

*“Mi inspiración son los sucesos cotidianos de las personas”*. Se leía el encabezado del artículo donde también estaba la foto de aquel joven. Andrés siguió leyendo y encontró, entre otros elogios hipócritas del articulista, algunas fallas en redacción, y en un fragmento de los poemas muchos lugares comunes, inaceptables en poesía. Nada más común, capaz el guambra fue sobrino o pariente del que organizó el concurso, pensó. Arrojó la revista al cajón y siguió comiendo. Se acercó a la ventana. Desde ahí observó la calle donde un perro mordisqueaba la basura. Luego pensó en María Fernanda y se quedó ahí parado más de quince minutos. A menudo le sucedía eso, a menudo, cuando lo hacía, volvía a llorar y luego, a menudo, iba en busca de una botella de licor y escuchaba su música favorita. Así lo hizo. Bebió de nuevo y durmió en los sillones, cobijado por unas cuantas mantas mientras se repetía en el minicomponente las canciones de Pink Floyd.

La cabeza le dolía al despertar. Era domingo y no habría ningún bar abierto en ninguna parte, ni tampoco podría comprar licor en los supermercados. La noche anterior se había terminado una botella de ron barato y aún escuchaba *Comfortable Numb*.

Se levantó, apagó el minicomponente, se bañó y salió de casa. Ya arreglaría todas sus pertenencias más tarde. Tomó un bus y viajó en trole hasta el centro histórico, a la librería la luz donde solía comprar sus libros. Ahí adquirió algunos ejemplares de filosofía y otros de autores ecuatorianos. Ahora que tenía más tiempo libre podía leer todo lo que desaba, se dijo y luego se sintió mal porque ese tiempo libre, antes lo gastaba con María Fernanda.

Luego encontró una tienda, compró otra botella de ron, pero no la abrió, pensó que sería mejor guardarla para otro día o para la noche. Bajó a la Marín, se metió a un viejo local de comidas y pidió una *guatita* y luego regresó a su casa y ordenó sus pertenencias.

El siguiente día trabajó en la oficina con un poco más de ahínco, dejó de encargarle todo a la eficiente Janara, con quien aún no pasaba más palabras que las esenciales.

Por otro lado, esperaba que el detective lo llame y de más respuestas sobre el caso, pero tal llamada no llegó en toda la semana. Andrés aprovechaba sus ratos libres en casa leyendo libros o bebiendo.

Un sábado por la mañana, mientras caminaba por el mercado itinerante de Cotocollao encontró a una señora que tenía animales encerrados en jaulas para la venta. Andrés los miró con pena. Estaban maltratados y famélicos.

—Debería tratarlos mejor —le reclamó a la señora cuando tomó a una gallina del pescuezo y la sacó con brusquedad de la jaula.

—Si le molesta vaya a otro lado.

En una de aquellas jaulas había un pequeño gato amarillo, muy canijo. Pensó entonces que le hacía falta un poco de compañía en casa.

—Deme ese gato amarillo.

—Son diez dólares.

—¡Casi está muerto!, por decencia debería donarlo.

—Es un gato de raza. Si lo quiere, pague.

Andrés sacó veinte dólares y los dio a la señora.

—No tengo vuelto.

—Quédese con el puto cambio pero me da también ese pato de allá.

—Los patos cuestan quince.

—Putra madre. Tome, tome — dijo sacando otros cinco dólares.

—¿Qué piensa hacer con el pato?

—Metérselo por el culo.

Con un gato famélico y un pato grande en su departamento, Andrés entró a su Facebook donde publicó en su muro un “Se regala un pato a una familia que quiera tenerlo DE MASCOTA”.

Les puso comida a ambos y horas más tarde llevó al pequeño gato al veterinario para que le diera indicativos de cómo criar gatos ya que el animal no deseaba comer nada.

El veterinario le puso inyecciones, entre ellas vitaminas y dijo que debía tener mucha paciencia con el fenilo porque casi estaba muriendo, que, gracias a él, ese gato iba a sobrevivir.

Cuando el animal volvió a casa, el pato se había cagado en algunos sillones y el piso; además, se comió todo el arroz que Andrés dejó en la olla. Era peor que tener un delincuente, se dijo. Luego vio al pato correr y mover la cola en zigzag, rio para sí. y pensó que si lo seguía jodiendo tendría que hacerle *seco*.

Dejó al gato, al que llamó famélico, en un cajón de bordes pequeños con unas cuantas ropas viejas. Limpió las suciedades del pato, luego abrió un libro y comenzó a leer.

Por la noche volvió a entrar a su red social y algunos sus amigos de Facebook se burlaron del pato y coincidieron que aquel animal quedaba muy bien un asado o justamente, un seco. Al siguiente día lo llevó donde su padre quien lo degolló y lo cocinaron. Andrés prefirió no comerlo. Se sentía culpable.

Sentado y con una frazada cubriéndole las piernas se puso a leer algunos libros que tenía inconclusos en su librero. Eso le servía para despistar las imágenes de su mujer y de cómo la halló muerta.

Pasó cinco horas leyendo un libro de Stephen King con toda la atención que ese merecía; además, teniendo en cuenta que aquellos últimos tiempos padecía largos lapsos de insomnios, creyó que esa era la mejor forma de aprovecharlos. Famélico apenas molestó aquella noche.

No se dio cuenta el momento que cayó dormido con el libro entre sus piernas. Le faltaban solo setenta hojas.

*Señora, usted que prefiere la ambigüedad de una joya, aquí le regalo una manchada con mi sangre. Espero que sepa conservarla de la misma forma que conservó su amor por todo lo que brilla. Es una baratija, sí lo es, pero he comprobado que brilla mejor que el oro si está manchada del carmesí de la sangre y lágrimas de angustia.*

*No olvide que la amo, tanto como usted ama los souvenirs y que la detesto de igual forma que usted detesta las baratijas.*

—Esas palabras las dejó el mozo de la señora ésta, presidenta del supermercado de acasito nomás, de la esquina, antes de suicidarse antier— Comentó Janara a uno de sus compañeros el miércoles en la oficina. Andrés lo escuchó atentamente desde su escritorio y esperó que su asistente estuviere sola.

—¿Cómo sabe que esa fue la carta?

—Porque la encontré en el *face*

—¿Quién lo publicó?

—No sé, un tipo. Solo estaba colgada en el *face*. La copié en mi muro. Nada más.

¡Spam! Ninguna carta fue entregada por nadie. Solo un tonto que quiso hacerse famoso publicando tremendas estupideces, y, para colmo, mal escritas, trilladas, triviales, queriendo semejar a las de los amantes del romanticismo que escribían antes de morir.

Lo cierto es que Andrés tuvo la ligera esperanza de dar de alguna forma u otra con el asesino de su mujer por medio de aquella carta. Sobre todo, porque habían pasado ya quince días y el detective no se hacía presente ni tampoco contestaba sus llamadas. El único indicio que le quedaba era la voz del asesino, e incluso eso era un dato ambiguo. ¿Era hombre o mujer quien le contestó la otra vez?

Mientras trabajaba editando un libro de cocina, uno de sus compañeros se le acercó dándole una pequeña invitación.

—Quería invitarte al lanzamiento del libro de un amigo en...

—No —respondió Andrés. Sin inmutarse a ver lo que su compañero quiso decirle.

—Mira. Quiero disculparme por haberte juzgado mal. Todos fuimos unos tontos al pensar que mataste a tu mujer. Si hay algo en que podamos ayudarte, no dudes en decírnoslo.

Andrés no contestó, siguió tipiando en su computador hasta que su compañero se perdió de vista. Janara, que estaba a su lado, lo miró y habló.

—¿Por qué no aceptas sus disculpas?

—Lo que menos me interesa en este momento es perdonar a nadie. Quien sabe, quizá cualquiera de ellos sea el asesino.

—Vaya loco.

Andrés decidió ir al lanzamiento del libro a dónde le invitó su compañero del trabajo. El lugar era un bar cafetería donde había varios cuadros con fotografías de grandes artistas y también pinturas. Se pidió un café mientras esperaba a que tal evento diera comienzo.

Luego compró el libro del lanzamiento y lo leyó. Era de cuentos. Fue editada en una editorial que él mismo conocía por ser mediocre. Los cuentos eran rescatables aunque no estaban bien corregidos. Pensó también que de haber caído en sus manos aquel libro hubiese quedado mejor. O tal vez peor. A veces se daba ínfulas de gran escritor. Luego pensó en los cuentos que él escribió cuando fue joven, cuentos que querían ser una copia, primero de Poe, luego de Lovecraft, luego, cuando conoció a los hispanoamericanos, de Borges; por último, hizo un intento de novela con graves tintes garciamarquinos; ahí fue cuando pensó que escribía bien, pero que no tenía ideas en la cabeza y por ello decidió hacerse editor y crítico literario. La poesía, por el contrario, era algo que él no podría criticar nunca, aunque a veces lo hacía.

¿Qué faltó para tener buenas ideas?, se preguntó. Quizá sea cosa de imaginación o inspiración. Lo cierto es que no soy bueno inspirándome, quizá si viera algo que me impacte o hable con los viejitos de la plaza grande, o quizá si es que yo mismo matase a alguien para poder escribir algo, podría inspirarme.

Ya me imagino la cara de dolor cuando alguien estece muriendo bajo mi puñal, algo así como el final de *El Túnel*, de Sábato. Total, no sería la primera vez que aquello sucediera en Quito. Un cristo fue crucificado por la misma razón. El arte, pensó. De pronto quedó mudo. Mirando el remanente de su taza. Rio y no esperó a que comience el lanzamiento, sino que salió de aquella cafetería dejando ahí el libro de cuentos que aún no terminaba.

Era viernes. Tomó un taxi y fue a la plaza Foch. Luego entró en uno de esos bares de rock baratos. Pidió una botella de cerveza. La bebió y siguió riendo. Si fuera un asesino tendría buen material para escribir, se dijo.

Se levantó de la mesa donde bebía su cerveza y fue a una discoteca donde no podría oír sus pensamientos. No deseaba pensar en realidad. Solo quería que la noche se consumiera y que mejor lugar donde haya música banal y mucho licor.

Pagó cinco dólares de entrada y caminó por oscuros pasillos hasta llegar a una pista que aún estaba vacía porque eran las siete y treinta de la noche. Se instaló en la barra y pidió un wiski en las rocas, luego otro, y otro y otro hasta que la discoteca se llenó y él estuvo tan mareado que al final pudo dejar de pensar en que si matase a alguien podría dedicarse a ser escritor. ¿Y si yo maté a mi mujer porque quise dedicarme a ser escritor?, se preguntó riendo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el barman.

—Dime, muchacho. ¿Matarías a tu novia por necesidad laboral?

—¿Disculpe?

—¡Bah! Olvídalo. Mejor dame otro en las rocas.

Andrés se retiró de la barra y caminó hasta una mesa que desocupó una pareja. Se sentó y miró bailar a las personas. Ya no se sintió feliz sino triste porque le hubiera gustado estar con su Mafer, ahí, bailando. Se sintió mal porque se rio pensando que si hubiera deseado ser escritor la hubiese matado. No. No te hubiera matado, Mafer. Hubiera matado a otras personas.

Bajaron agrestes los rayos solares, secaron las yerbas, calentó asfaltos. Brillaron sobre el vidrio de una botella olvidada en las laderas del Pichincha. Horas más tarde el cielo se teñía de humo. Los rayos se opacaron bajo ese negruzco y amarillo que devoraba extensiones vastas de páramos. Una familia de conejos fue calcinada en su madriguera y pajaritos perecieron bajo el humo y el fuego. No habría funeral para ellos

Un hombre fue encontrado entre las llamas. No fueron vidrios los que causaron el incendio. Aquel hombre se inmólo con gasolina. Una carta mojada y dirigida a una tal Valeria fue hallada dentro de una lata a pocos metros del suicida.

“Verás mi sangre elevarse al cielo. El sol latirá por nosotros”.

Sonó su celular.

—Aló

—Cómo le va, Andrés. Soy el detective. Necesito reunirme con usted hoy en la tarde.

Andrés dejó su escritorio a las seis de la tarde. Se despidió de algunos de sus compañeros con total indiferencia y fue al lugar donde el detective le indicó. Un local de fritadas. Mesas grasientas, radio en alto volumen con bachatas.

Andrés pidió una fritada mientras esperaba al detective. Llapingachos con mote y choclo remojado en cebolla y trozos de cerdo fritas. Comió con gozo. Esperó otros quince minutos. Bebió una soda. Se levantó. Pagó y salió del local. El detective no llamó siquiera a disculparse. Volvía a llover. Un rayo cayó de lejos. Un estruendo lo secundó. Aguacero, pensó torciendo su boca en una mueca de desagrado. Tomó un cigarro. Fumó y esperó que amainare la lluvia. Las farolas se encendieron. El tráfico de la calle que él miraba a penas avanzaba. De lejos aparecía una figura conocida. Llegó el mamaverga, dijo Andrés. Fumó de nuevo y saludó.

—Debe disculparme por la demora. Tuve un contratiempo.

—No se excuse. ¿Para qué me hizo venir?

—Creí que esto debía decírselo personalmente. Han decidido archivar el caso. No tiene fundamento según mis superiores.

—¿Y según usted?

—Estoy convencido que hay alguien tras todos estos asesinatos.

—¿Se han producido más?

—¿Es que no ve usted las noticias o compra el periódico?

—No hago caso a los medios de comunicación. Todos mienten —Hubo un corto silencio—. ¿Dejará entonces el caso?

—No puedo hacer otra cosa.

Andrés sacó otro tabaco de su chaqueta. Convidó uno al detective. Los prendieron.

—Usted es un hijo de puta, detective, debe saberlo. Me tuvo esperando mucho tiempo bajo la promesa de que algún día vería el rostro del asesino de mi mujer y hoy me dice que lo dejará todo.

—No tiene que ponerse así. No le he dicho todo. Mire, no se me permite seguir el caso, pero creo que usted ahora tiene más tiempo que yo para el mismo. —Tomó de su maletín una funda de jalar con varios papeles dentro. Andrés la tomó en sus manos. —Es todo lo que he podido investigar. No será mucho, pero si desea puede usarlos, y ver si algo encuentra, aunque no se han hallado indicios claros del asesino. Las víctimas por lo general se asesinan. Solo usted no lo hizo.

Andrés fumó de nuevo. Asintió. Estrechó la mano del detective y se marchó de aquel lugar. La lluvia cesó en poco tiempo. Lluvia de verano.

“Dejo estos papeles a la espera de que alguien se entere de mi sufrimiento. Mi mujer me ha engañado y ahora dice que se irá con mi hermano. Que la comprende mejor, que es más gracioso y aseado. Lo que no sabe ella es que mi hermano siempre fue un mujeriego hijo de puta. Que nunca respetó ni sintió clemencia por ninguna pelada. Que solo se la está culeando porque así él lo

quiere. Porque no le presté dinero para pagar una deuda. Porque me fue mejor en la vida. Eso parece. La verdad nada de lo que uno gane en efectivo sirve si uno está solo. Quizá esta sea una oportunidad para recomenzar otra vida. Para dejar todo lo malo atrás. Como quien dice, abrir una nueva puerta porque otra se cerró”.

*02/4/16 Escrito antes de suicidarse en casa.*

*Así son los lobos.  
Escondidos.  
Ovejas mentirosas,  
Ojitos grandes,  
Boquita jugosa,  
Orejas convenientes,  
Misma casta,  
Raza maldita.  
Colmillos traidores,  
Fauces falaces.  
Beso en la yugular.  
Muerte inmediata.  
Salvajismo.  
Muerte, muerte.*

*02/05/2016. Hallado en un cuaderno junto al cadáver.*

Convenientemente se fue de casa. El dinero. Puerco dinero que nunca lo hubo. O si hubo no fue suficiente para esto donde vivimos. No tuve nada que poner en sus manos, salvo mis manos callosas. Mis esperanzas de vida buena. De ropa buena. De casa buena. De hombre bueno. Esperanzas, nada más que esperanzas y un trabajito por aquí y otro por allá. Unas *chauchitas* el día a día. 5 caramelos a veinticinco centavos todas las mañanas no sirvieron. Todos los recorridos. Todas las caras indiferentes. Todas las monedas de malagana. Nada bastó. Ella se fue. Si vuelve, aquí me hallará muerto.

*08/03/2016. Encontrado en los pantalones del muerto.*

20

Otros archivos. Noches leyendo. Famélico regó una taza de café en el piso. Andrés se molestó. Pegó al gato en la cabeza. Se arrepintió. Parece que los gatos no tienen memoria. Él no se suicidaría por aquella ofensa. Sacó una botella de ron barato. Aquel día Andrés no pudo ir al trabajo. Famélico durmió junto a él.

Andrés llegó a la conclusión de que ninguna de las cartas que le entregó el detective pudieron ser escritas por las víctimas, al contrario, muchas tenían la misma estructura estilística. El detective parecía tener la razón. Alguien los mató, o hizo que se matasen, pero, ¿Con qué fines?, se preguntó, y pensó también que todo eso era inútil, salvo que el asesino tuviere una obsesión ridícula por ver morir a alguien de amor, luego pensó que eso sonaba estúpido, cliché.

—¿Qué opinas, Janara? — Preguntó Andrés— ¿Proviene de una misma persona?

—Si analizamos las líneas medias de todos los textos, lo son. Claro que en las primeras se hace un esfuerzo porque todas ellas parezcan distintas, pero no hay duda que provienen de un mismo escritor.

—¿Escritor?

—Sí, sino quién más. La persona se esfuerza por escribir en algunos casos algo poético y en otros, algo más bien coloquial; sin embargo, tienen cierta belleza. ¡Debe ser un escritor! Si me lo preguntas. Nadie que se suicide dejaría una nota como esta, al menos no aquí en Ecuador, menos aún, gente de la posición socioeconómica que ha muerto.

—No lo había pensado. ¿Crees que se podría dar de alguna forma con el escritor de esto?

—La verdad es que debe haber muchos escritores por ahí en Quito; pero, encontrarlo sería muy, muy difícil. Tal vez si comienzas en lugares donde se puedan reunir escritores.

Una gran manifestación contra el gobierno de Rafael Correa inundó las calles desde el parque el Ejido hasta la Plaza de la Independencia. Se cerraron varias vías. El tráfico se hizo intenso a las seis de la tarde. Andrés se paseó por varias calles esperando a que terminare aquella marcha. La verdad es que ni siquiera le afectaba a él tal marcha porque vivía en el norte. Las incomodidades son para la gente del sur. Vagabundeó porque le gusta caminar. Ya no había quien le regañare por llegar tarde a casa. Una ventaja de mi tragedia, pensó, se sintió mal y pidió disculpas a María Fernanda. Ojalá tuviera alguien que lo regañe por llegar tarde. Ojalá estuviere aquel momento con Mafer.

Llegó entonces a una pequeña librería. Entró. No pensaba comprar nada, aunque salió con tres ejemplares. Quien atendía era un uruguayo que tomaba mate mientras él rebuscaba entre los libros.

—¿Busca algo específico?

—No, solo estoy haciendo tiempo hasta que termine la marcha.

—¡Ah!, bueno. Le dejo entonces.

—¿Conoce usted sobre algún taller de literatura?

—¿Es escritor?

—No, estoy buscando uno. O a alguien que conozca de muchísimos escritores ecuatorianos.

—Se me ocurren algunos talleres, aunque si busca a alguien que conozca de muchísimos escritores del Ecuador puede preguntar en editoriales.

—Soy editorialista. No intimamos con escritores, solo con sus textos.

—¡Ah!, bueno. Entonces usted está buscando en lugares equivocados, amigo.

No soy su amigo, pensó. —¿Cuál sería el lugar correcto, entonces?

—Círculos de lectura. Ahí se adora a los escritores y se conoce su vida. Recuerde que los escritores son gente más bien huraña. Se llevan con muy pocos y se leen muy poco entre ellos.

Muy inteligente el tipo, por eso me gusta la gente que lee. — Gracias. ¿Cuánto le debo de estos tres libros?

—Doce dólares.

—¿Por si acaso, conoce algún taller de lectura?

—No.

Andrés se metió a una cafetería donde comenzó a leer. Eran las ocho de la noche. Lo mandaron a las ocho y media. La marcha había terminado. Dos policías heridos y unos cuantos de oposición lastimados la cabeza. ¿Eso fue todo?, se preguntó al escuchar las noticias en el autobús. Llegó a casa. Frente del umbral de su puerta estaba famélico. Maullaba. Sí hay alguien que me regañe por llegar tarde, pensó. Sonrió, se agachó y acarició al gato.

Tipiaba un pequeño libro que hacía un estudio bastante mediocre sobre el bullying en los colegios y escuelas y que estaba destinado a ser repartido entre estudiantes de bachillerato por parte de algún profesor de colegio. Le daba asco siquiera entender esas líneas mal escritas. “me tomará toda la puta vida corregir esto”.

—¿Cuánto le está cobrando a este mediocre por el libro? — preguntó Andrés a su jefe en la oficina.

—Lo que cobramos a todos nuestros clientes por el número de palabras indicado.

—Debería cobrar más. Está perdiendo dinero. Esa mierda tiene errores de la A, a la Z.

—Ten más cuidado con lo que dices, Andrés. Ese mediocre es mi cuñado.

—¡La puta madre!, dile a Janara que edite esto, yo no lo hago.

—Aquí se te paga por...

—Bueno, bótame. No voy a editar esto.

Su jefe lo miró airado. Sonrió y se puso en pie. —Mira, Andrés. No es bueno que te sulfures. ¿Si te pago un bono, podrías ayudarme?

—Cien dólares.

—¿Cien?, estás loco. Mejor que lo haga Janara.

—Bien.

Cuando terminó aquella discusión. Andrés tomó otro de los libros que debía editar. Era uno de cuentos de un escritor que había ganado dos premios en la universidad Central. Uno por novela y otro por poesía. Ahora se aventuraba a lanzar otro libro.

Miraba a su asistente editando el libro que había dejado de lado. Vio en ella frustración, sonrió y continuó editando.

—¿Te das cuenta?, hay como cinco adverbios de “mente”, solo en dos párrafos. Sí que estafan a los pobres estudiantes —dijo Janara cuando estaban almorzando.

—Supongo que les cobrarán cinco dólares a cada uno.

—Al menos el jefe me dio un bono por hacerlo. Tuve que reclamarle.

—¿Cuánto?

—Veinticinco.

—Muy poco. A propósito. ¿Te gustaría acompañarme a un taller de lectura?

—Seguro. ¿Dónde y cuándo?

—Por la Seis de diciembre y Colón. Hoy.

—Bueno, no tengo nada que hacer.

Calle larga, sucia, adoquinada, perdida entre recodos y escondrijos como laberinto. Perros en la calle, echados, disfrutando el sol. Otros, ladrando autos. Tórtolas en alambrados ligados entre las farolas viejas. Casas con fachadas sucias, grafiteadas. Una de ellas, al contrario, cubierta de azulejos, otra, antónima, pequeñita, de ladrillos comprados a mediados del siglo anterior.

Baches, aceras de tierra. Hierba trepando postes. Caca de perro. Botellas de cerveza. Niños sucios jugando a las peleas. Uno de ellos llora. Un hombre fuma sentado en una vereda mientras otro salta del último piso de la casa más alta.

El niño que llora, deja de llorar. Los perros que disfrutaban, dejan de disfrutar. Las tórtolas sobre las alambradas alzan el vuelo.

Sangre esparcida.

Se escuchó como un costal viejo, dice una señora desde la tienda entre el cuchicheo de otras señoras. Llegan las ambulancias. Los policías han cercado el lugar. No había nadie en casa del hombre. Un oficial encontró en las manos del suicida una carta. Llegan los medios de comunicación.

—¿Qué haces? — pregunta el niño que estaba llorando, al hombre que estaba sentado en el borde de una acera, fumando, y que ahora observa de lejos y tiene una pluma y una libreta en las manos.

—Escribo un cuento, un poema, una novela. ¿Quién sabe?

—Para qué escribes.

—Para que alguien lo lea.

—A nadie aquí le gusta leer. Es aburrido.

—No escribo para nadie de aquí, en todo caso.

—¡Qué raro eres!

—Fue un gusto conocerte, niño— dijo. Se levantó.

—¿Puedes leerme lo que escribiste?

—Claro. — Dijo. Tomó su cuaderno y leyó. — Y entonces decidió morir.

—¿Es todo?

—Es todo.

—¡Qué raro eres!

Andrés estaba sentado en casa, leyendo, bebiendo. Era sábado. Dieciséis de abril. Famélico ronroneaba en sus piernas. Metallica cantaba Master of pupets. Y Andrés leía al rato que sorbía vino. Le gustaba mucho el vino, aunque fuese caro. A veces hay que consentirse. Pensó.

En sus manos estaba *Naná*, de Zolá. Famélico se despertó. Esponjó su cola. Huyó de ahí rasguñándolo en su fuga. Gato careverga, pensó Andrés. Siguió leyendo. Siguió sorbiendo. Luego, tintinearón los vasos, crujieron los muebles, restallaron los postes de luz. La tierra se sacudió con fuerza, los ventanales se mecieron como ondas, uno se trizó. Cayeron cuadros, cayeron libros. De su mesita el vino se estrelló en el piso.

Andrés tomó sus llaves, su abrigo. Encontró al gato, lo cargó en sus brazos y huyó del departamento a la calle entre arañazos del felino. Todos los vecinos del edificio salieron del departamento a la calle. Todos los quiteños huyeron de sus nichos a las carreteras. Famélico lo rasguñaba. ¡Qué importa!, el miedo era más fuerte, miedo de que los edificios se cayesen encima. El temblor no amainaba. Se alargaba. ¡Angustia! Vecinos en pijama, él, en chanclas. La tierra se mecía con más furia. La luz se fue. Reventaron más transformadores.

Finalmente dejó de temblar. Su corazón latía fuerte. Los vecinos especulaban. Nada se decía en los medios de comunicación. Un vecino que tenía internet supo por fuentes extranjeras que un terremoto de 7,8 grados en escala de Richter azotó Manabí y Esmeraldas.

Lo que aquella noche pareció un simple temblor. Al día siguiente supieron que fue una verdadera catástrofe. El Ecuador olía a muerto. En la mirada de sus habitantes se reflejaban las elegías.

Para el lunes, Andrés vio luto en los ojos de sus compañeros, o, en todo caso, él lo pensó así. Él tenía luto en sus ojos. Una masiva oleada de ayuda humanitaria unió al país aquella semana y las dos siguientes. Luego, los políticos se encargaron de cagarla.

Janara y Andrés entraron al edificio donde se suponía se desarrollaban los talleres de lectura de manera religiosa todos los jueves. No obstante, aquel día esos talleres estaban cerrados por motivos de ayuda hacia los damnificados del terremoto. El guardia supo decir que se realizarían el próximo mes, que ese mes no, que sus dirigentes e integrantes habían viajado a Manabí y Esmeraldas.

Salieron a la calle. Se miraron el uno al otro sin saber qué decir. Andrés tomó el camino calle abajo y Janara lo siguió.

—¿Dónde vas?

—A pegarme unas frías. ¿Me acompañas?

—Bueno. A los años que no tomo.

Llegaron a un bar de rock por la avenida Diego de Almagro, conversando cotidianidades del trabajo. Se sentaron el uno frente del otro. Andrés pidió un combo de tres cervezas nacionales. Janara comenzó preguntando el porqué buscaba un taller de lectura y él respondió porque buscaba a un escritor específico. Luego, Andrés prefirió hablar otro tema. De hecho, y ya que nunca habían hablado más que de lo necesario comenzó preguntando de donde era, qué le gustaba, cuáles eran sus preferencias y a qué se dedicaba fuera del trabajo. La encontró un poco interesante y se sintió a gusto.

Parece inteligente. Qué bueno que no ha hablado hasta ahora de zapatitos, ropita y celebridades. ¿Bueno y qué te gusta hacer cuando no haces nada? ¿Leer, y qué lees? ¿En serio? ¿Qué le gusta Cortázar, aunque es mejor Borges? Es lógico, son dos escritores diferentes, no puedes definir al uno y al otro por ese tipo de similitudes. Creo que... ¿Qué no, que me equivoco?, vaya, qué enérgica. Que sí es mejor Borges, cualquier cosa que diga estará cayendo un mal análisis de sus obras. Por lo que veo Borges es tu escritor favorito. ¿No tienes uno?, ¿Qué de lejos sería Borges?, entonces, pese a que dices que Borges es mejor te gusta más Cortázar. ¿Te puedes definir? ¿A mí? Bueno, creo que prefiero a Sartre. Sí, a veces te transmite su náusea. ¡Ah!, pero dices uno que sea más escritor y menos filósofo. ¿Es eso posible?, ¿Un escritor no debe pasar necesariamente por la filosofía? Sí, tienes razón. Etimológicamente el filósofo busca la verdad y el escritor miente de manera abierta. Sí, entonces. ¿Qué cuál?, nunca me puse a pensar en eso. ¿Cuál? Bueno, creo que sería Faulkner, aunque solo por el *ruido y la furia*. Sí, ya sé que es también el favorito de Vargas Llosa. A veces se nota su influencia. No, yo no escribo, ¿tú? ¿De veras? ¿Tienes algo aquí? ¡Ah!, qué pena, ¿No sabes alguno de memoria?, lástima, ¿Otro combo? No, no te preocupes, el jefe no dice nada. Bueno, completamos la jaba y nos vamos.

No sé si es la puta cerveza. Es guapa, sí que es guapa. Perdón María Fernanda, lo siento, pero es guapa.

—Ya vengo, voy al baño.

Andrés se paró frente al urinario, descargando. La vista le pesaba y pensó que había bebido poco y se estaba embriagando.

—Qué mal amante ha resultado ser usted, Andrés, en menos de un año y medio ya está olvidando a su esposa, María Fernanda. — Dijo una persona tras él.

Andrés dio media vuelta. No había nadie. Pero vi su sombra en la pared, se dijo. No estoy loco. Su voz, ¿cómo era su voz?, sí, era la misma que escuché por teléfono aquel día que llamé. No, no era esa la voz. Esta no parecía de mujer o niño, sino de hombre. Hijo de puta.

Salió del baño. Encontró el bar abarrotado de gente, indiferente a su presencia. Podría ser cualquiera de estos o estas, esa voz, marica, aparece. Quizá estoy bebiendo mucho.

Volvió a la mesa adónde Janara. Miraba hacia todas las mesas. ¿En qué íbamos?

Se quedaron en el bar hasta las dos de la madrugada; a esa hora se dejaban de expender bebidas alcohólicas. Se levantaron dando tumbos, alegres, riendo. ¿él, riendo?, pensó Andrés que Janara debería preguntarse. Lo cierto es que Andrés estaba muy ebrio pero risueño porque con esa mujer podía conversar de lo que nunca pudo con su María Fernanda. Literatura, las más pura y esencial de la literatura.

Tomaron un taxi. ¿Seguimos en mi casa?, preguntó Andrés. Sí, respondió Janara, también risueña, embriagada.

Se sentaron el uno frente del otro. Andrés puso música de fondo. Sacó una botella de wiski de doce años. Lo sirvió. “¿Tienes cola?” preguntó Janara. Andrés asintió, aunque pensó que era un delito desperdiciar un wiski de esa manera. “No importa”. También él bebió wiski con gaseosa. Le gustó. Sirvió varios vasos. Trajo libros. Recitaron poemas, ninguno suyo. “[...] *¡Qué débil y qué inútil ahora el viajero alado!// Él, antes tan hermoso, ¡qué grotesco en el suelo! [...]*” [1]

Famélico salió de su escondite. Solía esconderse cuando llegaban extraños a su casa. Ésa era su casa. Todos salvo Andrés eran extraños. Se acercó a él. Él lo acarició. Ella pensó que era hermoso, aunque prefería los perros solo porque le agradaban más. Famélico durmió sobre las piernas de Janara mientras ella conversaba con Andrés.

Qué hermosa sonrisa, sí que es guapa, lo siento Mafer, pensó Andrés.

—¿Quieres otro trago?

—Sí.

Lo siento Mafer. Lo siento, lo siento, se repetía Andrés cuando se sorprendió besando a Janara. Cuando su mano alcanzó sus senos. Cuando ella tocó su verga. Cuando se desnudaron. Cuando tuvieron sexo en la misma mesa donde estaban tomado. Ateridos se mudaron a la cama y volvieron a hacerlo. Él la abrazó por la espalda y cayó dormido.

Lo siento Mafer. Volvió a repetirse al despertar todavía con el sabor a licor en su garganta, pero menos ebrio y más consciente. Miró la espalda de Janara. La despertó, volvieron a tener sexo.

Lo siento.

[1] El Albatros, Charles Baudelaire.

Mientras María Fernanda cocina el almuerzo, Andrés se sienta en su cómoda silla de lectura. Junto a él están apilados algunos libros. Él la mira yendo y viniendo de un lado a otro, con ese vestido viejo de los domingos que la hacía tan hermosa o que ella hacía hermoso al vestido. Su cabello recogido en una coleta, desmarañado y sus lentes de gruesas lunas porque sin ellos no podía ver bien.

Sonríe al verla y piensa que esas luminosidades del sol que atraviesan las ventanas y la tocan le hacen parecer un ángel, aunque quizá los ángeles no sean tan hermosos, quizá los ángeles sean quienes se le parezcan. María Fernanda se detiene un momento junto a la ventana, allí donde el sol le acaricia, se percata que Andrés la está mirando y sonríe.

Alguna vez le preguntó que, si él tuviere que elegir entre sus libros y ella, ¿con quién se quedaría? Contigo, dijo Andrés, aunque lo hizo vacilante, hoy sabe que se quedaría con ella.

María Fernanda sonrió, sonrió y se acercó a él, se sentó en sus piernas y allí se acurrucó como un niño en los brazos de su madre. Te amo, susurró.

29

Cuando abrió la puerta de su dormitorio, esperando encontrar a los amantes y sorprenderlos, fue él quien recibió la sorpresa. Colchón ensangrentado y dos cuerpos desnudos, acribillados. Sangre en el suelo. Andrés se quedó mudo, mirando.

La mujer, bañada en sangre, con agujeros de bala, se levantó de un salto y dijo enérgica: ¡Marica, traidor, juraste vengarme!

Fumo tabaco porque me relaja, porque de nada me sirven los pulmones si están suspirando todo el tiempo, porque estos cigarros son balas de humo que matan, matan lento, laceran el tiempo. Cuanto tiempo pensando en ella, cuánto tiempo sin ella. Dicen que el tiempo vale oro, si es así lo regalo a quien quiera hacerse rico. Yo no lo necesito. Envejecer, envejecer pronto es lo que quiero, morir pronto, piensa Andrés, sentado en la banca de un parque, viendo a las personas. Todavía piensa en María Fernanda, ¿cómo no hacerlo? ¡¿Cómo no hacerlo?! Su muerte se llevó aquello hacíapreciado al tiempo, ella.

Arrojó la colilla al cemento y la pisó. Se levantó y fue a su casa.

Andrés llegó al taller de lectura, pagó la inscripción y se coló entre los seis vejete sentados, discutiendo el nuevo libro de Vargas Llosa, aburrido. Nunca pensó que esto sería así de aburrido, pensó mientras los miraba conversar.

—¿Usted, lo ha leído ya?

—No me gusta Vargas Llosa —dijo irritado. Lo cierto es que era uno de sus escritores favoritos.

—¿A qué ha venido, entonces?

—¿Solo se lee a Vargas Llosa?

—No, pero esperábamos una respuesta menos pueril.

Andrés se puso de pie y fue a la salida, hubiera deseado escupir en la cara de cada uno de aquellos vejete. Malditos, maldita sea. Maldita sea, ojalá yo muriese.

Desde que se acostó con Janara no dejó de recriminarse a sí mismo. Había renunciado a la editorial.

—¿A qué vino, joven?

—Ahora ya lo olvidé —respondió sin voltear a ver. Se detuvo en el umbral. ¿Por qué chuchas no preguntas si sí o si no?, no pierdes nada, deja de ser marica, se dijo. Dio vuelta, sonrió, sonrió tan ampliamente que cualquiera hubiera dicho que estaba a gusto de ver a esos carcamales.

—¿Alguno de ustedes conoce a alguien que sepa mucho de los escritores ecuatorianos de este siglo?

No, qué va. Qué iban ellos a conocer a los contemporáneos, se quedaron estancados en el boom. Viejos mediocres, pensó. Estaba parado en la puerta del edificio donde antes trabajaba. Eran las seis de la tarde. Janara salía con sus otros compañeros del trabajo. Él la vio y sonrió, ella se acercó y lo saludó con un beso en la boca. No habían dejado de verse. Andrés solo renunció a su trabajo porque estaba seguro de encontrar pronto al asesino de María Fernanda, aunque, como podemos inferir, eso era una falacia.

—¿Encontraste algo provechoso?

—No. El puto quinto taller de lectura. Nada.

—Pues a mí me recomendaron un lugar.

—¿Dónde?

—Una librería que está por la plaza Artigas. Dicen que ahí hay un viejo que vende libros.

—¿Me acompañas?

—Sí.

El lugar estaba cerca en dirección al nordeste de la plaza que mencionó Janara. Una librería con aspecto de bodega de libros. Libros apilados, uno sobre otro en largos pilares que rozaban el techo.

—¿Cómo le va, señor?, ¿conoce usted a todos los escritores contemporáneos del Ecuador? — Preguntó Andrés, sin formalismos, tan pronto como encontró al anciano que atendía la librería.

—No. Lo siento. ¿Busca a alguno en especial?

—No, no se preocupe.

—Señor —dijo Janara—, quizá conoce al escritor de estos textos, a alguno con semejante estilo. No es muy corriente. — Sacó un papel plegado de su cartera. Era una copia de los escritos que le dejó el detective a Andrés.

—Me pide imposibles, señorita. De lejos podría yo identificar a un escritor solo por su estilo y por este pequeño escrito.

—Entiendo, gracias.

—Aunque conozco a una persona que puede realizar tremenda hazaña, pero no esperen de él buen recibimiento, es más, es probable que no les dé audiencia.

—¿Quién es?

—Un amigo mío. Es algo autista, o sociópata. Los libros que usted ve aquí, él se los habrá leído en un año. Multiplique eso por los cincuenta y dos años que ha vivido. Lo interesante es que logra recordar a cabalidad todo lo que leyó.

El día era absurdamente oscuro. Era verano, pero todo estaba nublado. Las personas caminaban con camisetas tiritando del frío. Era absurdo, uno viste gruesos gabanes con aquel clima, pero ese clima debía ser más cálido. Andrés caminaba por el centro histórico. Habían inaugurado una nueva plaza. Plaza Huerto San Agustín. Habían demolido el viejo registro civil y sobre eso construyeron esa plaza. Por fin alguien hizo algo inteligente por la ciudad.

A Andrés le parecía muy práctico, pero no tanto ya que no había suficientes tinglados donde uno podría acomodarse si lloviera. Pero no llovía. Era verano. No debía llover. Era un maldito verano con ganas anarquistas de llover.

Andrés estaba sentado esperando al señor con quien había pactado una cita. El hombre que había leído más que ninguno otro en Ecuador, quizá en el mundo, según el viejo de la librería que visitó la otra vez.

Fumaba un cigarro y miraba a la gente pasear. Fumó otro cigarro. Pensó que había esperado mucho, pero qué más daba. No tenía otra cosa que hacer. No estaba trabajando. Tenía suficiente dinero como para darse unas vacaciones de seis meses, pero se lo había gastado en licor y le quedaban apenas dos meses de dinero y vacaciones. Qué ganas de cerveza, pensó, pasará luego a la Ronda y pediré un combo de cerveza, quizá unos canelazos ya que quiere llover. Pero el clima no se decidía. Las nubes comenzaron a diseminarse. Aparecía el sol de lejos. En los siguientes diez minutos comenzó a lloviznar. Una risa larga le fluyó en el cerebro. Era la risa de María Fernanda. Andrés chasqueó la lengua, fumó otro cigarro y dio vueltas a la plaza. No le gustaba mucho no hacer nada. Todos sus recuerdos con María Fernanda le volvían a la cabeza.

Se iba cuando miró de lejos a otro hombre que también estaba esperando largo rato. Un hombre viejo, viejo y de panza grande, con barba y que también fumaba un cigarro.

Tenía una shigra al costado y un sombrero corto y pardo. Andrés se le acercó.

—¿Usted es Medardo?

—Sí.

—Disculpe, no supe reconocerlo. Soy Andrés, lo estaba esperando.

—Y yo a usted.

—¿Gusta un café?, mire, acaban de abrir una cafetería justo aquí, al frente. Podríamos probarlo.

—¿Qué es probar?, ¿sabe lo que eso significa en español?, creo que usted está queriendo decir si podríamos catarlo. Sabe, soy buen catador de café. Si es así, estoy de acuerdo, podríamos catar el café de ese lugar.

Arrogante hijo de puta, pensó Andrés. — Bueno, pues vamos a catar el café que venden ahí. Hace frío.

—No hable del clima. Yo siento calor.

Entraron, se sentaron de frente y pidieron un café americano cada uno. Ninguno se limitaba a decir nada, así que permanecieron en silencio mientras les preparaban sus bebidas. Andrés lo miraba. El señor doblaba su servilleta en varias partes, luego la abría y la volvía a doblar.

—Debe usted disculparme — Dijo Medardo cuando dejó la servilleta de lado — Nunca fui buen conversador, tendrá que mantener el hilo de la charla a mi lado, pero, si no le importa, preferiría el silencio, así que no se incomode por nuestros siguientes largos silencios. Los que apreciaré más porque así lo conoceré mejor.

Bebieron su café en silencio. Andrés; sin embargo, se sintió incómodo. El hombre no dejaba de darle dobleces a su servilleta, papel ajado como si hubiese vivido mucho.

—Me dijeron que podría ayudarlo en algo — dijo el hombre.

—Necesito que me diga si puede descubrir al autor de unos escritos.

—Déjeme verlos.

Los leyó en silencio, pidieron otros cinco cafés. Andrés se aburrió mirándolo leer, no obstante, al parecer a Medardo le daba mucho gusto leerlos. Pero Andrés estaba aburrido. Preferiría estar por ahí, ruando. Hubiera sido mejor ir a tomar unas cervezas y no tanto unos cafés.

—¿Qué opina? — preguntó Andrés.

—Creo que lo he leído antes. Estoy seguro de eso. Tendrá que prestarme estas hojas. Le daré una respuesta en... ¿Le parece bien el próximo lunes a las siete de la noche?

—¿Tan pronto?

—Sí, solo debo ir a verificar en mi casa y en algunas librerías. Hace no mucho que este sujeto lanzó un libro. Estoy seguro que lo leí, que lo tengo en mi departamento. Aunque si usted prefiere puede acompañarme.

—Por supuesto. — Dijo Andrés, ahora sí, muy interesado, pero también estaba aburrido de Medardo, ¿Más largos silencios? — ¿Puedo llevar una amiga?

—Una dama. Por supuesto. No hay nada mejor que el aura femenina para amenizar una tertulia. Podríamos conversar luego ya que estamos metidos en un buen acertijo.

34

Andrés estaba con Janara cuando llegaron a casa de Medardo a eso de las siete de la noche. Medardo estaba con un joven de unos veintisiete años que usaba una boina y una bufanda gris en el cuello. Tenía unos gruesos lentes de contacto y al parecer también era otro *ratón de biblioteca*.

Entraron a la casa donde los libros cubrían las paredes, sillones, escritorios, cómodas, baños. La luz era opaca y amarilla. Se olía a tabaco y polvo y hojas viejas; también había un ligero olor a meado de gato, por lo que se podía inferir que Medardo vivía con uno, gato que quizá se haya ocultado entre los libros. Janara hizo un mohín por el olor y Andrés percibió otro olor común: Vino.

—Mucho gusto, mi nombre es Alexis. Soy amigo de Medardo— Dijo con una voz afeminada. Andrés pensó que él podía ser pareja de Medardo.

—Mucho gusto —dijo Janara.

Andrés lo saludó estrechando su mano. Le disgustaba la idea de que otro metiere sus narices en la investigación que estaba realizando. Qué más da. A ver si ayuda, puede que algo sepa, pensó.

Caminaron hacia el comedor donde olía ahora a café. Medardo estaba pasándolo en una cafetera blanca. Alexis prendió una radio que parecía antigua, de inicios del siglo XX, pero que tenía colgada una USB de donde supuso se reproducían Boleros.

Janara no dejaba de admirar tantos libros. De cierto modo, Andrés también los admiraba, empero, su fin era saber si Medardo y su compañero tenían información que les fuere relevante y no tanto admirar libros.

Alexis se sentó en un sofá viejo y comenzó a fumar un cigarro. Sonrió con amplitud. Mostró la cajetilla abierta a Andrés quien tomó uno.

—¿Lees, Andrés?

—Sí —dijo encendiendo su cigarrillo con el fuego de su propio encendedor azul.

—¿Cuál libro, en este momento?

—Varios. Leo muchos a la vez.

—Medardo me comentó que buscabas un escritor en particular. ¿Eres su fan?

—No.

—¿Y por qué lo buscas?

—Mató a mi mujer y me incriminó por ello —dijo Andrés, impávido. Soltó el humo del cigarro al aire y luego clavó la mirada sobre la de Alexis, se dio cuenta que tenía un lunar en la punta de la nariz.

—Lo siento, aunque no estoy seguro que un escritor matase a alguien.

—Ni tampoco estoy seguro de que sea un escritor a quien busco; y no lo sienta, a su pareja no le han matado.

—Bueno, todos sufrimos por algo — Concluyó Alexis poniéndose en pie, serio. Caminó donde estaba Medardo observándolos en silencio.

Medardo sirvió cuatro tazas de café en jarros gruesos y blancos. Se sentó en la sala y pidió a sus invitados que lo hicieran también. Se acomodaron y guardaron en silencio. Andrés recordó que a Medardo no le incomodaban los silencios, sin embargo, a él sí. Sí le molestaban. Tener que rascarse el cuello, mirar hacia otras direcciones, pensar en la nada, pensar en lo que hay tras los umbrales, pensar en María Fernanda. Ahora que lo piensa bien, Andrés detestaba los largos silencios porque recordaba a una María Fernanda, no sonreída, no hermosa, la recordaba muerta, acribillada.

Miró a Janara quien observaba los libros, como una niña en juguetería. Ojalá fueras ella, le dijo en silencio. Andrés miró los libros, se percató que había algunos en otros idiomas que no sabría identificar.

Se estaba cansando del silencio.

Incluso Alexis, con cigarro en boca, guardaba silencio. Sorbía. Andrés podía escuchar el leve sorbo del café caliente y lo detestaba. A veces, todo le sonaba, sabía, veía, olía y sentía a la muerte de María Fernanda. Escuchó un bulto caerse en la distancia. Dio un pequeño brinco y su corazón comenzó a palparle más rápido. Volteó a ver tras una columna de donde cayeron unos tres libros y luego miró la sombra de un gato cruzar el pasillo. Su respiración se volvía lenta y sintió un pequeño ardor en la boca del estómago.

Terminaron su bebida, así, en silencio.

—¿Quién escribió el mito de Er? — preguntó Medardo, mirando a Janara y Andrés.

¿Qué mierda, ¿A qué desea jugar este tipo?, se preguntó Andrés.

—Fue Platón —Dijo Janara—. En la República, si no estoy mal.

—Estás bien, niña, muy bien.

—Medardo, diles lo que necesitan saber y deja que se marchen. Aquellos que no saben apreciar el silencio no sabrán apreciar nunca el arte.

—Le agradecería que así fuera — Dijo Andrés.

—Creí que tendríamos una tertulia — Dijo Medardo.

—No podrían conocer lo suficiente. No deseo que te aburras, como ya lo estás — dijo Alexis.

—No somos ningunos improvisados — Protestó Janara.

—Lo sé, ambos tienen estudios en lenguas, pero sus estudios no les sirven, no para entablar una conversación no banal con nosotros.

—Suficiente —dijo Medardo—. No me gusta traer a casa a alguien y mandar a ese alguien así como sí.

—Disculpe, Medardo —dijo Andrés—, si no le molesta. Solo quiero saber quién fue el marica que escribió las cartas que le mostré la otra vez. Deseo atrapar al asesino de mi mujer.

—¿Por qué supones que quien escribió esas cartas fue el asesino de tu mujer?

—Todos mantienen un mismo estilo oculto de escritura.

—Tiene razón —dijo Medardo—; sin embargo, el asunto va más allá. No es “un autor”, son “los autores”; es decir, hay un escritor que ha publicado varios cuentos, novelas y poemarios, pero con distintos pseudónimos y en distintas editoriales. Siempre creí que era una especie de rebeldía al orden literario de estos tiempos, una broma posmodernista.

—¿Varios autores? ¿Ahora me va a decir que ha publicado en diferentes países?

—Así es. Por eso está Alexis aquí, hace años que nos propusimos un reto. Él conocería a los nuevos autores más representativos de habla hispana y yo a los del Ecuador, específicamente.

Medardo se levantó, caminó sin apuro y trajo un cartón lleno de libros.

—Aunque existe algo que no te agrada. La fotografía que sale en todas las portadas de los libros...

—¿No es bueno?

—No, Andrés. Es tu foto la que aparece en todas las publicaciones que ha hecho este tipo.

—¿Cómo?, ¿mi foto?

Andrés tomó los ejemplares que Medardo trajo. Ojeó las portadas. Efectivamente, él estaba ahí, en cada una de esas fotografías.

—Desde Madrid hasta Buenos Aires, este sujeto ha estado paseándose con tu fotografía. A menos que seas tú el que publicó estos libros y nos estece haciendo perder el tiempo.

—No digas tonterías. Solo salí una vez del país, a Bogotá. Yo no escribo, solo edito.

Mientras discutían en casa de Medardo. Un hombre se lanzaba desde la terraza de su casa en Chillogallo. Otro apuñalaba a su mujer desde el estómago hasta la garganta y luego él se quitaba la vida. Otro, luego de haberse emborrachado se accidentaba en la avenida Occidental. Otro prendía fuego a su casa con toda su familia dentro. Otro disparaba contra dos amantes en el Comité del Pueblo. Otro se tomaba limpia caños frente de su mujer. Otro se accidentaba en motocicleta. Otro saldría más noche de los bares del Pintado y lo matarán a puñaladas en una esquina robándole lo poco que guarda. Otro, simplemente murió de paro fulminante, era un obeso a quien ya le diagnosticaron problemas cardíacos.

La policía investigó toda la noche, y asistió a levantar muertos.

En casa de Medardo, discutían la vil teoría de que alguien estece provocando la muerte de esposos y amantes.

Alexis defendía que eso era improbable, infantil, que alguien que Andrés debió conocer debió de haberle inculcado, publicando con su fotografía.

Andrés no tenía enemigos. Nunca hizo algo indebido contra nadie.

Andrés copió en una hoja de papel todos los seudónimos que aparecían en los libros donde se publicó con su fotografía. Se despidió de Janara cuando la dejó en la puerta de su casa. Se estacionó frente al edificio donde arrendaba. Se sintió turbado. Prendió el mp3, escuchó Metálica. Fumó. Pensó en María Fernanda. ¿Era esquizofrénico? ¿Mató a su mujer? Imposible. Recordó la película *El club de la pelea*, rio para sí. Nada más cliché, el personaje que busca un asesino sin darse cuenta que era él mismo. Se le hizo que también leyó el mismo desenlace en una novela de King.

Alguien tocó la ventana de su automóvil. Era el detective. Andrés abrió la puerta. El detective se sentó a su lado, prendió un cigarro.

—Dígame. ¿Ha descubierto algo?

Si le muestro las portadas de los libros generaré sospecho, pensó. —No, estoy a punto de darme por vencido. ¿Usted?

—No. Pero varios hombres se asesinaron hoy por las mismas cuestiones que le mencionaba.

—¿Desamor? — preguntó riendo. ¿Qué demente puede hacer algo así? No puede ser cierto. Es una maldita pesadilla”.

—Supongo que encontraron más cartas en los bolsillos de los suicidas.

—Sí. Todos dejan explicaciones poéticas de su muerte.

—Dígame una cosa detective. Usted debió investigar muy bien mis antecedentes. ¿Encontró algún desajuste psicológico?

—No. Un esposo perfecto. Leal, cariñoso. Buen trabajador, filántropo, buen amigo, excelentes notas en la universidad. ¿Por qué lo dice?

—Solo quiero estar seguro de quien soy. ¿A qué ha venido?

—Vine a ver si se encontraba bien. Le prometí que estaría vigilándolo, ¿No?

¿Y si este es el asesino?, se preguntó —Y usted, detective, ¿tiene algún desajuste psicológico?

El detective rio a carcajadas.

—No soy el asesino si se pregunta. Esta situación me perturba a mí, tanto como a usted.

Guardaron silencio mientras fumaban sus cigarros. Andrés bajó el volumen de su música. Tomó del bolsillo de su chaqueta una botellita con ron y le dio un trago. Se lo extendió al detective. Vaciló un poco, pero también sorbió un trago.

—Creo que debo ir a descansar, detective. Si no le molesta, he tenido un largo día.

—Supe que ha estado buscando en librerías y bibliotecas y yendo a clubes de lectura y talleres literarios. ¿Cree usted de verdad que el sujeto sea escritor?

—Puede ser. Aunque eso suene más tonto. He estado pensando que el hombre necesita inspirarse para escribir, por eso hace lo que hace.

—Bueno, entonces solo es cuestión de esperar. ¿No?

—¿Por qué?

—Si usted piensa eso. ¿No es lógico que cuando dejemos de encontrar cartas en los suicidas, es porque habrá terminado de inspirarse, por tanto, habrá terminado de escribir su librito y ya se siente seguro de que puede publicarlo?

—Se refiere a que debemos esperar a que él publique.

—Sería lo lógico en esa suposición.

—Quizá tenga razón, aunque como detective no se debería usted de permitir esa barbaridad. ¿No debería usted impedir que él deje de matar? — dijo Andrés. Encendió su automóvil —. Ahora, si me disculpa, detective. Debo guardar mi carro en el garaje. Que tenga una buena noche.

El detective se despidió, salió del automóvil de Andrés y éste lo guardó.

Subió a su departamento. Famélico lo estaba esperando en la puerta. Andrés lo acarició, verificó si tenía comida y agua. Luego se sentó en el sillón de lectura, ahí, rodeado de libros.

Alguien se está vengando de mí, pensó, sujetándose el puente de la nariz. Se sirvió wiski en un vaso. Lo sorbió, encendió un cigarro. Famélico se sentó en sus piernas.

Minutos después sonó su teléfono convencional.

—Aló.

—Andrés. Definitivamente, el peor de los amantes —respondieron. Era otra voz distinta a la que Andrés escuchó la primera vez que le dijeron eso, y distinta también de la que escuchó en el bar la noche que ligó con Janara.

—Me llamas en un momento preciso, longo ¡hijueputa! ¿Qué quieres de mí?, ¿Por qué mataste a María Fernanda?

—Me siento un poco aburrido, Andrés. ¿Qué te parece si nos vemos hoy, en la zona, en el epicentro? Ahí te contaré algo de lo que quieras saber.

—¿Hoy?

—Sí, y date prisa, ya mismo cierran. Por cierto. Nada de traer a tu amiguito el detective.

Andrés salió de su departamento. Encendió su automóvil y fue hacia el bar mencionado. Llamó al detective porque pensó que tal vez entre los dos podrían atraparlo.

Cruzó las calles a toda velocidad, recreando en su memoria las imágenes de María Fernanda acribillada junto a otro hombre. Pasó varios rojos del semáforo y por poco provoca un siniestro; pero nada de eso le importaba. Espero que esteces ahí porque te voy a matar y vas a decirme por qué mataste a mi mujer, se decía. Estacionó su auto a una cuadra del bar, en el lugar en que el detective le indicó que lo haga.

—Andrés, entrarás primero y lo buscarás, una vez esteces conversando con él, entraré y lo atraparé. Mi contacto me informa que en el bar hay ya tres policías encubiertos.

Andrés entró al bar. Las luces eran opacas, había pocas personas y olía a cerveza guardada. Se escuchaba The Doors. Caminó junto a cada una de las mesas y también miró a los rockeros que bebían su cerveza y quienes a su vez lo miraron con cara de pocos amigos. Nadie lo esperaba ni tampoco reconoció a los policías que supuestamente estaban en el lugar.

Se acercó a la barra donde estaba un tipo de cara larga manipulando una vieja computadora. A su costado tenía un vaso de cerveza medio llena y una vela encendida sobre un candil con forma de cráneo.

—Disculpa. ¿No estuvo por aquí una persona esperando largo rato?

—¿Eres Andrés?

—Sí.

—Te dejaron una nota — dijo. Tomó de la barra un papel doblado.

Andrés tomó el papel.

—¿Sabe cómo era esa persona?, es decir, ¿cuál era su aspecto?

—Lo dejó en la mañana uno de esos que vende caramelos, puedes ir a buscarlo afuera, aunque si me lo preguntas, a ese no lo había visto nunca por aquí.

—Gracias —dijo mientras maldecía por el interior.

Andrés salió del bar el momento que el detective estaba entrando. Andrés miró a todos lados de la calle. Respiraba incesantemente el aire helado al rato que buscó entre la multitud de amigos y parejas borrachos y sobrios que paseaban por aquel lugar a alguien que lo estuviera mirando, alguien sospechoso.

—¿Y bien?

—Dejó este papel —dijo Andrés. Lo abrió y leyó en silencio.

*Querido Andrés.*

*No creíste de verdad que iba a estar en este bar nauseabundo esperándote. ¡Qué ingenuo! L.M.*

*P.D. Disfrutaré matarte, tanto como lo hice con nuestra Mafer.*

Andrés le entregó el papel al detective, se despidió y comenzó a correr para no escuchar sus palabras. Tenía un nudo en la garganta. Caminó varias cuadras, preguntándose el por qué, el qué hizo para vivir eso. Entró a una tienda, temblaba y tuvo que arrimarse a una columna para no caer.

—Se encuentra bien —preguntó una señora que pasó a su lado.

Andrés asintió, se acercó al tendero, pidió un cigarro y también una botella de ron. Pagó y ahí mismo comenzó a beberse el licor al rato que se fumaba el cigarrillo.

—Gracias —dijo y salió de la tienda fumando y bebiendo y caminó varias cuadras en ese estado. Comenzó a llorar, chocaba con algunos jóvenes. No tenía ganas de entrar a tomar a ningún bar o discoteca. Quería estar en silencio, pero tampoco quería estar en su casa.

Llegó a un pequeño parque y se sentó a beber. Miraba los autos. ¿Por qué?, se preguntó. No recuerdo haber dañado a nadie, quizá deba dejar las cosas como están, alejarme de todo. No creo en el alma, no hay motivos para que una venganza haga que María Fernanda descanse en paz si la vengo, dijo. Un rayo cayó de lejos y luego un trueno lo ensordeció.

Se largó cinco grandes bocados de ron. Estaba mareado. Sonrió, aunque aún lloraba, lloraba sin gemir, solo lágrimas y una torpe sonrisa. Comenzó a llover. Se levantó. Llegó a su auto y regresó a casa.

Subió al piso de su departamento con frío ya que sus ropas estaban empapadas. Encendió la luz del pasillo y antes de abrir su puerta se quedó impávido frente a ella. Habían escrito con tiza en su puerta.

#### “Clímax”

La puerta estaba sin seguro. Él nunca dejaba su puerta sin seguro, aunque pensó que tal vez la dejó abierta por la prisa con la que salió. Entró a su departamento. Del techo colgaba una cuerda, del extremo opuesto de la cuerda estaba famélico, ahorcado.

La policía estaba en el departamento de Andrés recolectando huellas y datos. Un policía le hizo las preguntas de rigor. Si conocía a alguien que quisiera vengarse de él. Si debe dinero a alguien. Si tiene enemigos. No, no y no, maldita sea. Nunca he tenido enemigos, pensaba Andrés.

Presentó toda la investigación que había realizado. De los libros que publicaron con sus fotografías. De los distintos seudónimos de aquel escritor. De las llamadas que le estaban haciendo. De la carta que le dejaron en el bar la anterior noche.

—Abriremos un expediente e investigaremos a fondo este asunto, pero necesitamos que realice la denuncia pertinente.

—El caso había sido archivado —dijo el detective quien estaba en aquel lugar—. Tendrán que volver a abrirlo. Tiene relación con los últimos suicidios donde los suicidas dejan esas cartas. Andrés encontró el patrón de un mismo escritor en las cartas esas. Se puede deducir que fueron hechas por el mismo asesino.

Horas después habían llevado al gato a hacer una necropsia y para recolectar huellas digitales, si es que se podía hacer eso. Tanto en la cuerda que usaron para ahorcar al gato, como en el gato mismo.

Andrés despidió a todos. La policía ofreció protección personal, pero Andrés la rehusó. Decidió olvidar por completo el asunto. Decidió no poner otra denuncia. ¿Para qué, si igual ellos eran ineptos? Maldita burocracia.

Se quedó en el departamento. Estaba triste por famélico, estaba triste por María Fernanda. Pensó que hubiera sido mejor asesinarse la vez que tuvo la pistola en la mano. Bebió todo el licor que tenía esperando ahogarse con su vómito y morir, pero borracho se armó de valor y se prometió atrapar al sujeto ese.

Tres días después, pasada la resaca, dijo que iba a dejar todo de lado. Que olvidaría al gato y a María Fernanda. Además, le había dicho a Janara que no se preocupare. Que no lo fuera a ver, no vaya a ser que también muera la pobre muchacha. Para ella pidió que se le ofreciera vigilancia policial lo más pertinentemente posible.

Dejó su departamento. Compró un pasaje a Cuenca. Viajó con una maleta y tres mudas de ropa, sin celular, sin decir nada a nadie y se estableció en aquella ciudad durante un mes, dilapidando recursos. Luego viajó a Machala, luego a Guayaquil y luego a Manta.

Volvió cuando se le terminó el dinero. Debía un mes de renta. Janara lo había pagado. No llamó a agradecerle. No habló con ella. Ni le permitió la entrada los días que la muchacha llegaba a su casa y golpeaba la puerta.

Pasó otro mes. Andrés estaba con anemia. Dejó de comer, pero no de embriagarse.

El *Delirium Tremens* le trajo pesadillas nocturnas si dejaba de beber, por lo cual, a veces tomaba pastillas para mantenerse en vigilia. Escuchaba de día que abrían su puerta, que arrojaban sus libros al piso, que alguien disparaba, que alguien golpeaba a su gato muerto y escuchaba también maullidos. A veces, cuando estaba recostado en su cama sentía que una sombra se recostaba junto a él, que le acarician el cabello. También escuchaba el teléfono, pero no timbraba. Escuchaba música en la radio, pero no estaba encendida. Escuchaba el aguacero cuando el sol resplandecía más. Tenía largos periodos de calofríos.

A veces despertaba y toda su casa estaba desarreglada. Alguien había movido sus cosas de lugar.

Llamó varias veces a la policía por ese hecho. Lo cierto era que él lo había movido todo.

Janara entró al departamento de Andrés. Lo halló en el piso con aspecto de muerto. El aire olía a cigarro y alcohol baratos. Llamó a una ambulancia y lo llevaron al hospital.

Su salud estaba deteriorada y Andrés había envejecido diez años aquel corto período. Le detectaron cáncer hepático y le preguntaron si deseaba realizarse tratamientos de quimioterapias. Andrés se negó.

Su padre lo visitaba varias veces en el hospital. También sufría por la salud de su hijo. Janara también sufría por la salud de Andrés, pero él aceptaba su enfermedad con total resignación. Se definió a sí mismo como moribundo.

Dos meses después Andrés salió del hospital sabiendo que le quedaban pocos meses de vida, que su cáncer estaba muy avanzado. Dejó de tener pesadillas nocturnas y pudo regresar a su departamento. Su padre lo acompañó la tarde que le dieron de alta.

—¿Por qué no te realizas una quimio?

—El cáncer no tiene cura. ¿Para qué alargar el sufrimiento?

—Así habrá ganado el desgraciado que te está haciendo vivir esto. Vas a morir después de todo. La policía nunca lo va a encontrar, es muy incompetente. No te puedes dejar morir de esa forma.

—No escogí el cáncer. Lo que escojo es no tratarlo. Después de todo, una quimioterapia no es señal de salvación.

—Pero te ofrece una esperanza.

—No voy a tratarme, padre, lo siento.

—Al menos prométeme que dejarás de tomar y que comerás sano.

—Bien, lo prometo.

Así lo hizo. Dejó de beber con mucha dificultad. Se dedicó a leer los libros que le hacían falta. De cuando en cuando Janara iba a visitarlo, cocinaba para él. Lo ayudaba con remedios caseros cuando se enfermaba, situación que era muy frecuente ya que no podía tomar medicamentos por su cáncer.

Un día, luego del trabajo, Janara entró al departamento de Andrés con un sobre en su mano. Se la entregó.

—¿Qué es esto?

—Una invitación al lanzamiento de un libro.

—No quiero ir.

—Es del sujeto que buscas.

Andrés abrió el documento. En efecto, ahí estaba su rostro de nuevo, presentándose al lanzamiento de un nuevo libro titulado: *Los amantes del precipicio*.

—Qué estúpido título.

—También irá la policía —dijo Janara.

—Entonces no tiene sentido ir. Mientras más cerca esté la policía, más alejado estará él. No voy a ir. He decidido vivir en paz los pocos días que me quedan, junto a mis libros. Además, estoy de nuevo enfermo del estómago. He comido una sopa de pollo y mi estómago no la ha tolerado.

—Entiendo —dijo Janara—. Entonces me quedaré aquí, acompañándote.

—Gracias.

Tuvieron sexo mientras un DVD se reproducía en la televisión. Mientras un aguacero comenzaba a barrer las calles sucias y los truenos iluminaban los ventanales. Mientras en un bar literario se presentaba un libro sin autor. Un autor que había decidido no asistir a su propio lanzamiento y los comensales se miraban decepcionados y los críticos realizaban con sus más mordaces argumentos; el nacimiento y muerte de un pobre escritor que en su más reciente libro había escrito a penas una frase en mitad de trescientas páginas en blanco.

*“Morir de amor aún es posible”.*

Cuando Andrés y Janara terminaron su sexo, agotados y húmedos, la puerta del departamento se abrió en silencio. Una persona entraba en puntillas, haciendo el menor ruido. Buscó a los amantes a quienes encontró dormidos, abrazados en la cama.

—Sabía que iba a encontrarte aquí.

Andrés y Janara despertaron, asustados. Janara se cubrió el cuerpo y Andrés miró impávido la figura que estaba a los pies de su cama. Sin embargo, sorpresa suya, ¡Oh!, gran angustia que sintió ver a pocos metros al hombre que había acabado con su vida, que mató a su mujer y que ahora, lo tenía a horas de una muerte inexorable, y que, no obstante, no dejaba de sorprenderlo. Un ser, idéntico a sí mismo, desde la estatura, hasta el pelo.

—Te pareces a mí. ¿Por qué?

—¡Hola, hermano! —dijo—. Todo lo que has vivido ha sido un maldito cliché, pues te contaré otra historia con el mismo desencanto. Padre tuvo una aventurilla con una zorrilla. Nací yo. Te conocí de casualidad un día que fui a dejar un libro en la editorial puerca donde solías trabajar. ¡No era justo!, yo, tan perfecto y tú tan burgués. Tú, tan víctima de la historia que estaba comenzando a escribir. Mi igual no debía vivir como tú lo hacías.

—¿A qué has venido?

—A saber, ¿por qué te rendiste? A saber por qué te sigues acostando con esa puta, a saber, ¿por qué dejaste que alguien como yo, que se parece tanto a ti matara a tu mujer?

Janara se aproximaba con lentitud hacia el velador donde estaba su celular. El intruso sacó un revólver con silenciador de su chaqueta y apuntó a Janara.

—No te muevas. No deseo estropear el final de esta historia tan intrigante.

—¿Qué quieres?, déjate de juegos, ¿qué quieres? —dijo Janara con rabia.

—Él lo sabe bien, cierto, Andrés. Tú lo sabes. Díselo, díselo, por eso eres mi igual. No sabes lo impresionado que me sentí de verte, tan mí, pero tan tú.

—No te conozco. Eres un psicópata— dijo Andrés.

—¡Oh!, vamos, Andrés. Díselo. ¡Díselo!

—¡Ya basta!, ¿A qué has venido?, ¿A matarme?, pues anda, ¡Hazlo!, no era ese tu estúpido clímax, no fue eso lo que escribiste en la puerta antes de matar a mi gato.

—¿Matarte?, no deseo matarte. Ese nunca fue mi objetivo, Andrés, estimado mío.

—¿Entonces qué? Y habla bien, pareces marica,

—Bueno. Quiero destruirte, hermano, el objetivo de la vida es la destrucción de la misma. Cuando toda tu vida sea una mierda, dime, ¿qué nuevo ser renacerá de ahí?

—Pues bueno, lo hiciste ya. Me destruiste, estoy desahuciado. Pero, ¿por qué a mí?

—Tontuelo. ¡Que no te muevas, maldita sea! —gritó. Disparó con certera puntería al celular de Janara. Estaba tratando de tomarlo. Lanzó un grito, Andrés se estremeció. La próxima irá a tu lindo rostro, puta.

—No soy puta — musitó Janara, temblando del miedo.

—Sí lo eres. ¡Putas! —dijo—. Pero bueno, ¿por qué a ti?, ¿no te lo dije?, eras tan mí, pero tan banal, tan tonto —rió—. No te mataste cuando debías hacerlo, ahí supe que eras mi protagonista, ahí, cuando cambiaste el argumento de mi historia y tuve que reconfigurarla para que al lector, cuando termine de leerla le quede algo bueno en la memoria. Al principio no perseguí ningún fin contigo, pero me molestaba que alguien como tú esté como alguien como yo. No te creas tan especial, solo te pareces a mí, sobreviviste un tiempo, pero ya vez, el amor aún puede matar de la forma más sublime.

Mírate ahí, acabado, canceroso; mírala a ella, ¿no crees que también ha sufrido por ti? Lo ha hecho, no ha dormido noches enteras. Mírame a mí, conversando con... Nunca lo hice, me obligaste a hacerlo. ¿No es digno de escribirse?

—Estás demente —dijo Janara.

—¡Calla!, no sabes nada de arte. El artista debe buscar la perfección de su obra. Yo la he buscado, las vidas que murieron fueron necesarias para perfeccionar mi obra; su cáncer, tu insomnio, mi psicopatía. Todo, todo fue necesario, o crees que el arte es algo que deba decirse: Esto es bonito, o esto está *bacán*. No mi putita, no. El arte es distinto. El arte debe ser perfecto. La literatura debe reivindicarse en la perfección de la forma y el fondo.

—Sí, y después de esto, ¿Cuál es el siguiente capítulo en tu historia?

—La muerte—dijo. Alzó su revólver, apuntó a Janara a la cabeza. Ella gritó de espanto. Luego apuntó a Andrés que miró impasible el cañón del arma.

—¿Qué esperas? Mátame. Igual estoy muerto. Mataste todo cuanto yo era y hacía.

—No, no te he matado del todo. Además, recuerda. No busco matarte.

—Dejaste una bala para que me matase a la vez que...

—Por eso. Tú mismo tenías que asesinarte. No lo hiciste aquel momento, pero lo has venido haciendo estos últimos meses. Fumando, tomando, a veces, drogándote.

—No importa. Mátame.

—No quiero matarte —dijo. Arrojó el revólver a los pies de Andrés. Se puso en una pared del cuarto y estiró sus brazos— Vamos, venga a María Fernanda. Mátame. Ella te lo agradecerá. Por fin me tienes, aquí, entre ese revolver y la pared. Dispara, vamos.

—Andrés tomó el revólver; sin embargo, no apuntó a nadie con él.

—Jamás haría algo así —dijo Andrés—. Pensé que sí. Que lo haría cuando te viese. Pero ahora no.

—¡La gran puta! —dijo. Sacó otra arma y apuntó a Janara—. Si no me matas, la mato a ella.

Andrés apuntó a su igual. Lo miró de arriba abajo. Quizá había ciertos rasgos que los distinguían. Quizá su cuerpo era unos milímetros más corto, su pelo más largo y un poco más rizado. Sus manos más delicadas, su piel menos blanca. Pero eran iguales en lo que se los veía. Nada más podía advertir Andrés, sabía que en el fondo eran dos seres diferentes. Miró a ese hombre, sonreía, estaba alegre y él, asustado.

María Fernanda, murmuró Andrés. Sonrió, hizo un ademán de bajar su arma, pero un disparo restalló. Janara lanzó un chillido debido a una bala que le atravesó el estómago.

—Te lo dije —dijo su igual, riendo. Carcajeó tanto que se dobló hacia atrás—. O me matas, o se muere ella.

Andrés se puso en pie de un salto, Janara se tomaba el estómago. Las sábanas y cobijas comenzaban a mancharse de sangre. Andrés recordó a María Fernanda muerta. Apuntó furioso con el cañón al asesino, pero, éste se había escapado y corría fuera de casa.

—Voy a estar bien —musitó Janara. Su rostro mostraba lo contrario—. Estaré bien, si se te escapa hoy, no lo atraparás nunca.

Andrés se vistió pronto y corrió tras su igual. Salió de casa y recorrió varias aceras; sin embargo, aquella cacería no era de la presa y el cazador. Era de una presa que se quedaba varada en cada esquina hasta que su cazador lo viera y volviera a huir. Era una sombra que carcajeaba al ver a Andrés acercarse.

Andrés llegó hasta un parque. El viento arreciaba. Las nubes eran negras y las farolas no servían, estaban apagadas.

—Hijo de puta— gritó Andrés, escudriñando hacia lontananza. No podía ver nada. Árboles, juegos infantiles, cercas y casas remotas. Niebla ascendiendo. Ladrido de perros y sirena de ambulancia. Sus manos temblaban, ya sea del frío, ya sea del miedo, la ansiedad. ¿Dónde estás?, preguntaba mascullando. ¿Dónde estás? Pisadas lentas. Hierba húmeda, pisadas silentes. No las tuyas, las de su igual.

#### CARCAJADA

—Tu puta se muere.

Aparece y morirás primero, musitó Andrés, pensando que debía ser sigiloso, pero no lo era. Estaba quieto en un claro del parque, observando de lejos con el arma en su mano aunque ciertamente no sabía cómo usarla.

—¡Y cuando el héroe se enfrentó a sí mismo, perdió la cordura! —dijo y se carcajeó—. Fin y trililín —dijo y volvió a reírse.

Andrés escuchó el sonido de cadenas de columpio, cadenas chirriantes, pisadas adyacentes y fortísimas.

—Aquí estoy —dijo. Andrés volteó a ver. En un columpio estaba su enemigo, sentado con un libro en la mano —¿Ahora sí vas a matarme?

Andrés lo apuntó. Puso su dedo en el gatillo, vaciló. Recordó a María Fernanda y Janara. Inspiró fuerte.

—¿Cuál es el objetivo de tu muerte?

—La muerte.

—Déjate de huevadas, contesta.

—La muerte. El más sublime de los artes. Vivir al borde —dijo. Alzó su pistola y disparó, tan cerca de Andrés que éste escuchó la bala romper el silencio. A penas alcanzó a parpadear—. La muerte devuelve al hombre su lugar en la tierra —Continuó y volvió a disparar—. El polvo. Polvo eres y polvo serás. ¿No deseas sentir al menos eso antes de morirte? Luego de la muerte, la nada. Nadie vive su propia muerte.

Andrés se estuvo quieto. Tuvo miedo de morir, aunque lo cierto es que estaba ya muriendo, desahuciado. Quiso vivir. ¿Cómo estará Janara?, se preguntó. Y pensó en que no quería ser polvo. No quería morir, no, no será polvo.

—¡No seré polvo!

—Marica, eres un marica —espetó el asesino—. Me queda una bala más. Ya no jugaré más contigo. La próxima irá a tu cabeza, tan certeramente que escribiré una poesía por ello. No mereces parecerte a mí. Pseudo burgués infeliz.

Antes de halar su gatillo, Andrés volvió a repetirse: “No seré polvo”. No vaciló esta vez y lo disparó. El asesino cayó al suelo, tomándose el muslo. La pistola había pateado a Andrés y su disparo se desvió. Deseó matar al asesino de María Fernanda y deseó vivir, no morir aquella noche.

—Buen disparo. Buen disparo —decía su igual, conteniendo el dolor; sin embargo, Andrés pudo ver en su rostro una gran sonrisa. El asesino quiso carcajear pero no pudo —Un disparo más y todo estará hecho.

Andrés bufó. Se acercó al asesino, se agachó al suelo, tomó la pistola del asesino y la arrojó a unos cuantos metros. La escuchó caer al tocar la hierba. Agradeció haber fallado el disparo.

—No mereces morir —dijo—. No mereces el polvo.

—¡Hijo de puta! — musitó el asesino.

Andrés lo miró tomar de su chaqueta una navaja; trató de atacar a sus pies pero Andrés se retiró de un salto inmediatamente. Luego lo miró tomar él libro que tenía en la mano y lo lanzó a sus pies. Andrés leyó el título. *De amor se mata en la vida*.

—Es el título más estúpido que he leído.

—Sí, pero no habrá otro libro igual a ese en la literatura ecuatoriana. Mañana será el lanzamiento. Mi último seudónimo, tu nombre —dijo el asesino.

Andrés lo vio alzar su navaja. El asesino se la clavó en el cuello tres veces, a la cuarta, no tuvo más fuerzas. Hizo un ademán de sonrisa y murió desangrado.

No le retiró la mirada durante unos cuantos segundos. Analizó cada línea del rostro que era tan parecido a él y se preguntó si todo lo que el asesino dijo era cierto. Andrés pensó que podría sentir paz tan pronto ese asesino estece muerto, pero no sintió nada sino solo pena. Le dio calofríos y comenzó a sacudirse con temblorinas. Soltó el arma. No dejó de mirar al asesino muerto. Tuvo una sensación fría, inquietante que no podía definir, algo así como un vacío en su pecho y recordó que él se estaba muriendo, y ahora sabía que no había nada en él, para él, ni para nadie.

Pensó en Janara. No le importó. Miró su celular. Lo había tomado antes de perseguir al asesino. Miró un mensaje. Era ella, desde el celular de otra persona:

—He llamado a la policía, llegará pronto a ayudare. Los vecinos me ayudaron, estoy yendo al

hospital.

—Janara— musitó Andrés. Le importó un comino su salud. No la amaba. Amaba aún a María Fernanda.

Miró a sus pies. Tomó el libro. No había prolegómeno. Iluminó con su celular el libro. Se sentó en el columpio tras el cadáver de su igual y comenzó a leer. Se sentía cansado y respiraba con mucho esfuerzo, pero siguió leyendo aquel libro de sesenta y cuatro páginas con sus dedos entumidos del frío.

El detective de policía, harto de buscar rastros de Andrés y su psicópata asesino entró junto con otros dos policías al parque donde precisamente habían entrado Andrés y su antagonista hace más de cinco horas. Había mucha niebla. Encendieron sus linternas. Alguien les había dicho que escuchó varios disparos en aquel sitio.

La luz de sus linternas reflejó de lejos dos bultos. Se acercaron. Vieron con asombro dos personas idénticas, muertas.

El detective lamentó al verlos. Los policías llamaron por radio a otros, a criminalística, a las ambulancias, a los medios de comunicación. Andrés había muerto de un infarto fulminante. El detective encontró lágrimas en los ojos de Andrés y entre sus manos un pequeño libro. Estaba abierto en la última hoja. Tomó el libro. Leyó aquellas últimas líneas, aquellas donde se decía que un gran poeta se suicidó con su navaja a mitad de la noche porque la poesía se le había escapado de los dedos.

## Epílogo

Asistieron al velatorio los amigos que aún se consideraban amigos de Andrés. Los familiares más cercanos. Entre ellos, los padres de María Fernanda. Janara y sus compañeros de trabajo. También el detective de policía y el padre de Andrés, quien, taciturno permaneció en primera fila, vistiendo de etiqueta, bebiendo una botella de vino cada cierto tiempo. Embotado, beodo, pero quieto, con el libro que su otro hijo había escrito con el seudónimo de Andrés.

Un crítico literario fue sacado de mala manera el segundo día de velación. Había deseado entrevistar al padre del difunto escritor. Había argumentado que no existiría mejor libro que aquel en la historia de la literatura ecuatoriana. A nadie ahí le importaba lo que pasare con ese libro.

El día del funeral. El padre de Andrés arrojó el libro a la basura.

Hizo buen sol aquel día del entierro. Viento de verano, hojas secas. El padre Andrés se devolvió a su casa y ahí lloró incontables días.

Diez meses después, alguien tocó a su puerta. La abrió. Era Janara y cargaba una niña nacida apenas hacia un mes atrás.

FIN